



Universidad de Chile  
Facultad de Artes  
Departamento de Artes Visuales

# Los vástagos de Clitemnestra

Proyecto para optar al título de Pintora.

Alumna: Lorena Alarcón  
Profesor Guía: César Osorio

Santiago de Chile  
2012



*a mi hermana  
Catalina*



# Índice

Prólogo .....	8
I. Primera Audiencia .....	21
II. La tumba de Agamenón .....	37
III. Habla el coro de mujeres .....	45
IV. El segundo intento de Clitemnestra .....	57
V. Segunda Audiencia .....	74
Bibliografía .....	102



*“El arte barroco es un arte de compromiso. El autor está implicado en el contenido emocional de los asuntos que pinta y trata de implicar al espectador mediante sinuosos movimientos y gestos enfáticos.”*  
*Introducción a Rembrandt, Kenneth Clark*

# Prólogo



Este trabajo nace de la experiencia personal. Y apenas ésta emerge, se oculta tras el velo del artificio. Es una obra dividida en dos partes, y de distintas naturalezas: una esta plenamente dedicada a la pintura, mientras que la otra pretende ser literatura. La primera esta compuesta por doce retablos pintados al óleo, retablos que por lo demás tienen la característica de la orfandad, de maderas olvidadas en la calle o en algún rincón oculto dentro de una tienda de muebles antiguos. La segunda es un relato, quizá un cuento, que muestra las injusticias cometidas a diario en instituciones consagradas al develamiento de la verdad. En ambas se presenta la experiencia según corresponda; una la transmite, la otra relata, y en ambas se disfraza esa experiencia en capas y capas de penumbra, de volutas y ribetes, de violentos contrastes que solo pueden pertenecer a los artificios del arte Barroco.

El tema, la excusa, es el Barroco, tanto el europeo como el latinoamericano. Es también, la tragedia griega una parte del tema (sobre todo en el texto escrito). Ambas son utilizadas como esencias, como historias y nombres prestados, como una forma de disfrazar la tragedia familiar, y la penumbra que circunda a cada personaje.

He observado autores como Bernini, o Cellini, en cuyas composiciones y vírgenes palpita la inmolación erótica, como si la muerte del mártir estuviera secretamente revelando un placer carnal; las composiciones de los flamencos, con cada detalle expuesto, con sus naturalezas muertas, sus interiores, sus escenas cotidianas, que a cada momento reflejan el día a día del sujeto; la magnífica obra de Caravaggio, de donde nace la inspiración de los pintores españoles; y sobre todo, del maestro de los maestros, Rembrandt, principal inspiración, referente absoluto, como si en cada una de mis pinturas no hubiese mas que un equívoco intento por seguirle el rastro. Rembrandt, es en todo sentido, el referente principal y directo, a él se recurre al momento de componer, de armonizar los colores, de ocultar con veladuras acuosas, e incluso una reflexión que va mas allá de lo simplemente formal. Una reflexión que tiene que ver con el sujeto en sí. Pues todo el Barroco no es más que un encuentro con el sujeto.

Si comenzamos a analizar el Barroco dentro de la historia del arte, y comparativamente a otras épocas, nos encontramos con autores como Heinrich Wölfflin, quien diferencia el cambio de época a través de la manifestación de los estilos. Al arte del Renacimiento, le da el nombre de estilo lineal, mientras que al Barroco, le asigna lo pintoresco:

El estilo de la precisión sentida plásticamente. La delimitación uniforme y clara de los cuerpos proporciona al espectador un sentimiento de seguridad, como si pudiese tocarlos con los dedos; todas las sombras modeladoras se ajustan de modo tan pleno a la forma, que casi solicitan el sentido del tacto. La representación y la cosa son, por decirlo así, idénticas. Por el contrario, el estilo pictórico se aparta más o menos de la cosa tal y como es. No reconoce ya los contornos continuados, y las superficies palpables aparecen ya destruidas. Para él no hay más que manchas yuxtapuestas, inconexas. Dibujo transparente y modelado no coinciden ya en sentido geométrico con el substrato plástico de la forma, reduciéndose a reproducir la apariencia óptica de la cosa. (p: 30).

Antes, el mundo era gobernado por las ideas, por la quietud del objeto en un suelo claro y de mármol, siempre iluminado, siempre servidor de la transparente claridad, de la calculada perspectiva, para que todos los perfiles fuesen definidos, y todas las líneas encerraran la esencia de las cosas. El arte del renacimiento, se sustentaba en las ideas. Con el Barroco, en cambio, ese orden se ve en crisis. Por diversos factores, tanto políticos como religiosos, la realidad de ese momento, pierde la aceptación de antaño, siendo remecida a tal nivel de profundidad, que bastó la aparición de un Caravaggio para calar en el espíritu humano y arrebatarle el sueño por las noches. Y eso lo demuestran sus manifestaciones artísticas.

Porque el Barroco parece no ser mas que una poética de la inquietud, de una conciencia de la insignificancia del ser humano frente a los movimientos del mundo, frente al infinito, a lo eterno, comparado con lo efímero del ser. “las brúscas diagonales, los escorzos de momentánea perspectiva, los efectos de luz forzados: todo expresa un impulso potentísimo e insostenible hacia lo ilimitado. Cada línea conduce la mirada a la lejanía” (Hausser. 2009. p: 507). Es en esa conciencia de la insignificancia el ser, en la que el hombre encuentra su nueva motivación. Reordenar el mundo, encontrar el lugar, reencontrarse con la verdad.

Pues es la verdad, paradójicamente, lo que impulsa la esencia del Barroco- y quizá de cualquier época y estilo. Mas la verdad no solo para revelarla, sino también para su ocultamiento, para su conquista. Los Cristos, por nombrar algún ejemplo, de la Contrarreforma, sedientos del horror y la piedad de sus espectadores, exponen con crueldad las heridas abiertas de sus carnes maltratadas, con tal nivel de realismo que el transeúnte parecer sentirla como propia. Bajo sus coronas de espinas, se yergue una larga cabellera de pelo natural, de sangre pintada color carmín, de ojos de vidrios que brillan ante la cercanía del creyente, exigiendo a todas voces la fidelidad de su credo, pues el Barroco de la Contrarreforma es enseñanza, es pedagogía, es la autoafirmación de una fe puesta en cuestión, agotada, que se eleva nuevamente gracias a los artificios teatrales del Barroco. Donde las esculturas son de carne, donde los altares envuelven al espectador para dejarlo sin palabras. Donde, si bien se buscaba la verdad y un nuevo orden, aquí se encuentra una fe desesperada por renovarse. Que nace como declaración de guerra a la “herejía”, como una respuesta para reestablecer el poder de la Iglesia Católica. Y todo esto por medio de los sentidos, del gusto, del tacto, y sobre todo, de la vista. Una fe irracional, sensualista, neurótica, cuyo único objeto en cuestión no es la verdad en si misma, sino conquistar al otro, imponer una creencia a través de todo artificio posible.

Es por eso que presento en este trabajo, dos “tipos” de Barroco: aquel centrado en la conquista, en la culpa, en el sensualismo a favor del poder de las instituciones. Ese arte que paulatinamente se fue estereotipando pues su único objeto era convencer. Y está el barroco de Rembrandt, de la conciencia abierta, de la honestidad absoluta. Pues nada en Rembrandt es maquillaje, nada en él nace del estereotipo o de la necesidad de obtener poder. Él pinta al mundo tal y como es, lo acepta, con todas las imperfecciones y tormentos que ello conlleva:

“le movía la pasión de plasmar cada forma, cada zona, cada tono y cada color exactamente como los veía; y había llegado a la conclusión de que a los seres humanos había que aceptarlos tal como eran exactamente. Así es como los encontramos en la Biblia, sin atenuaciones ni disfraces.” (Clark. 1989. p:30).

Con la duda, el sufrimiento, el desgaste, las imperfecciones, y todas la belleza que pueda contener el ser humano. Él buscaba la verdad, que solo a ratos tiene la suerte de ser tocada por la luz; se burla de las academias y de los estereotipos. Lo mismo que Calderón de la Barca con “La vida es sueño”, y su conciencia de una realidad ilusoria, construida para manejar la vida a su antojo. Lo mismo que Velásquez, y la intimidad de sus personajes apartados de la realeza; que Caravaggio y la fuerza de su fe, de la luz que emana de sus personajes, de las vírgenes y los mártires, a pesar de la oscuridad que los circunda.

Mi trabajo trata esos “dos Barrocos”, y los presenta de dos maneras: la pintura, concentrada en la obra de Rembrandt; y el escrito, cuya materia prima son las imágenes de culpa pertenecientes a la Contrarreforma.

El trabajo pictórico comenzó con grandes pretensiones.

Revisando diversas imágenes barrocas, finalmente se concentró en el estudio de las iglesias coloniales que existen en Santiago centro. Principalmente la iglesia de la Merced, la de San Francisco, y Agustinas. Y si bien no poseen la vehemente elocuencia del barroco mexicano o peruano, bastó para comprender el significado de éste. Allí estaban, el sobrecogimiento, los cristos desgarrados, las vírgenes dolorosas, las gruesas paredes heladas susurrando inquietantes secretos, los temibles ojos de vidrio que en cualquier momento cobraban vida y se volteaban a ver... Finalmente, el modelo perfecto apareció. La imagen de Cristo niño, una escultura pequeña, similar en tamaño a una muñeca, encerrado en un fanal de cristal con forma de cúpula, enseñaba la morbosidad de sus formas regordetas y eróticas sin ningún dejo de pudor. Lo sonrosado de sus partes despejadas, sumado a su nicho de heterogéneos adornos, de naturalezas plásticas, de

de animales ínfimos hechos de madera, de sierpes doradas que entrelazaban el espacio construyendo arcos, camas, geografías en miniatura, producían un efecto absolutamente extraordinario. Estas obras de arte exportadas de Quito pertenecían a las casas aristocráticas de la época. Tenían aparentemente la función de transmitir la alegría y juventud del niño; sin embargo la impresión que dejaron en quien les escribe era lo contrario. Existía cierta hipocresía, una suerte de inconsistencia en lo terreno de la deidad. Llamo la atención lo teatral de la escena, la falsedad del concepto, y sobre todo, el hecho de tratar la representación de una deidad como si fuese una muñeca.

Estas imágenes no pertenecían estrictamente al Barroco, se encuentran circunscritas a la época del Rococó; y sin embargo servían como un engranaje más dentro de mi intento por comprender el Barroco. Por lo ilusorio de su atmósfera, por el sensualismo incongruente en una imagen infantil, y la iluminación, que no solo desdibuja los contornos de las figuras, sino también el concepto que las sustenta. Su inconsistencia, casi al límite de lo demoníaco era la característica que hermanaba su paraíso artificioso con La vida es sueño.

Es así como fue necesario encontrar un soporte que estuviese a la altura de la contienda. Puesto que mi búsqueda se centraba en el pasado, no solo de la historia del arte, sino de mi propia historia familiar, fue necesario buscar una superficie sucia, tocada con anterioridad, con manchas que solo pueden pertenecer al desgaste. Se comenzó con la tela, luego se intentó hacer el esfuerzo con la arpillera de yute, hasta que finalmente la madera satisfizo todas las necesidades del trabajo. Por meses se buscaron maderas arrojadas a las calles, amontonadas en un amasijo de muebles antiguos de restauradores y mueblistas de buena voluntad y paciencia. Aparecían como un tesoro, y como tales, fueron resguardadas y tratadas de tal forma, que no se perdiese su historia, sus capas temporales. En ellas se busco una forma, una mancha, un sector que levemente se diferenciara del resto, para forzar la imagen del niño Cristo. Bastaba

un gesto elusivo de telarañas para crear una cadera, un muslo, un escorzo. Se esparcía el imprimante solo en algunas zonas, cuidándose de no borrar el polvo o cualquier accidente irreplicable del soporte mismo. Se pintaba, conciliando los colores del modelo con los de la tabla, tratando de establecer un diálogo entre pasados ancestrales. Era más bien una lucha, que pasaba de la conciliación y la felicidad, a la pérdida de lo primigenio, al error irreconciliable y la desesperación máxima. El trabajo era lento, dubitativo, eufórico, hasta que finalmente todas aquellas pretensiones de un inicio se diluían en la retención de la mancha y el color. Eran pinturas, simplemente, donde el soporte funcionaba como un color más dentro de la composición, como una simple mancha primitiva.

Ya no eran comprendidas como los objetos de arte que pretendían ser, pues era la mancha lo único que interesaba. Y fue por esa misma razón, que a la hora de escribir un informe al respecto, toda la magia mística generada en la labor de la pintura se desvanecía hasta convertirse en un cadáver frío y sin sentido. A cada intento por aprehender la experiencia de la pintura, se producía un quiebre; el Informe siempre se separaba de la mancha; la Memoria siempre destruía la experiencia. Pues si bien la pintura nace de la sensibilidad del ojo, es al ojo a quien le habla... Imagine mi desesperación el lector, a cada intento por conciliar una con la otra se morían en mis manos. Si solo tomaba en cuenta la pintura no podía explicarla sin matarla en el proceso, si tomaba en cuenta el informe o memoria o lo que sea, se perdía el riesgo de pintar con la mancha, se limitaba, se acotaba, hasta volverse un mecánico tedio sin sentido.

Mas era menester entregar un texto, era necesario complementar el trabajo de alguna forma. Es así como surgió la idea de mostrar, lo que se estaba viviendo en aquella época, sin mostrar del todo. Pues finalmente de allí nació la motivación por el tema. Pretendí escribir un cuento, que hablara del barroco en la vida misma. Luego le siguieron otros, imposibles en su cursilería. Como intento de hacer más barroco el asunto, se cometió la osadía de incurrir en el género dramático, para insistir en la idea de pesadilla barroca, al igual que la de Segismundo en *La vida es sueño*. Traté de emular a los grandes tales como Sófocles, Esquilo, Sartre, Beckett, Ionesco. Lecturas sin filtro, que nada tenían que ver con el Barroco, solo para entender la estructura del género dramático. Todo para caer en cuenta de la ineptitud que poseía al respecto.

Finalmente una imagen se quedó grabada en la retina, un personaje, o más bien, varios personajes de la misma especie, presentes en el mito de Orestes, y toda su desgracia familiar. Obras como la *Orestíada* de Esquilo, *Electra* de Sófocles, y *Las Moscas* de Sartre, presentaron al personaje que encerraba todas las características de la experiencia. Eran las Furias, también conocidas como Erinias o Euménides, seres sobrenaturales encargadas de castigar al hijo que osara asesinar a sus padres, arrastrándolo de su escondrijo, carcomiéndolo por medio de la culpa.



La tragedia de Orestes, o más bien de los Atridas es una historia familiar donde el asesinato parece estar a la orden del día. Se trata de la implacable venganza traspasada de padres a hijos... creo necesario presentar la trama a grandes rasgos, para que el lector pueda establecer un punto de comparación.

Agamenón, rey de Micenas y vencedor en la guerra de Troya, regresa luego de diez años a su país soberano, sólo para ser asesinado por su esposa Clitemnestra, y su amante, Egisto. La razón, antes de partir a la guerra, por un agravio cometido hacia la diosa Artemisa, Agamenón no puede partir, no tiene vientos para encumbrar sus velas, por lo que decide enmendar su error, sacrificando a su propia primogénita, Ifigenia. Durante esos largos años de ausencia, el resentimiento de Clitemnestra ha crecido a tal punto, que idear un plan para asesinarlo y arrebatarle el trono, parece lo más sensato.

Producto de aquella venganza, los hijos de Agamenón y Clitemnestra sufren las consecuencias. Orestes, su hijo varón, apenas un infante en aquellos tiempos, corre el riesgo de ser asesinado, pues de él pende el linaje de Agamenón. Para evitar tal catástrofe, su pedagogo, confabulado con Electra, su hermana, se encargan de llevarlo a tierras extranjeras. Mientras el príncipe se transforma en hombre, Electra, quien siempre ha defendido la memoria de su padre, sufre las peores vejaciones por parte de su padrastro y su propia madre, esperando, que la llegada de Orestes ponga fin a tal suplicio y consuma su venganza.

Cuando el príncipe cumple veinte años, vuelve a su tierra natal, encontrándose con el paupérrimo estado de su hermana. Junto a ella, planean asesinar a los usurpadores del trono y hacer justicia con mano propia. El plan se lleva a cabo, el hijo clava un puñal en el pecho que una vez lo había amamantado, y por ello, recibe el castigo de las Furias. Orestes es perseguido y atormentado - en algunas versiones ocurre lo mismo con Electra-, huye de una ciudad a otra hasta que finalmente la diosa Atenea interviene. Se decide hacer un juicio, en un lugar llamado el Areópago, y allí, los dioses imparten la justicia al imputado. Finalmente Orestes es liberado de su mal, y las Erinias reciben su compensación.

La imagen de las furias traspasó, como una aguja a través de una pupila despierta. Tenía sentido su ensañamiento hacia el matricida, sin importar lo que la madre hubiese cometido. Al igual que en Tribunales de Familia. Cobraban vida, caminaban entre los tristes mortales santiaguinos, disfrazándose de técnicas, de escritas, de abogadas en defensa de menores, escondiendo su secreto de furias y entorpeciendo el camino de los querellantes. Y más sentido aun, la historia de un matricida, de asesinar a la madre al momento de acusarla de sus culpas. De ser carcomido por los prejuicios de un sistema, de ser devorado por la culpa. Pues solo basta con apuntar, para convertirse en asesino, en traidor, en hereje.

El texto escrito es una alegoría que entrelaza la experiencia con el mito; un humilde intento por registrar esa pesadilla barroca, esa incertidumbre, esa acumulación de mentiras, de penumbra. Es un pastiche, que utiliza personajes clásicos y los somete a una atmósfera barroca; que hermana la tragedia universal con la tragedia cotidiana.

Y por el lado de la pintura, es una instancia que apela solo a la sensibilidad, que no relata nada, que solo transmite, aquella paleta de colores en cuyo seno se desenvuelven los personajes.





Estudio altar lateral, Iglesia de las Agustinas  
2010  
Óleo sobre cartón  
35x45 cm

I  
Primera audiencia



El lugar que tantas veces había sido el nicho de su representación se mostraba ante él, como un espacio absolutamente irreconocible. Aquel, donde oculto tras un cortinaje de terciopelo esperaba el fatal momento, no era más que pura lejanía y carencia de complicidad.

Recordaba en otros tiempos, su paso silente, esquivando columnas de cartón, rocas de papel mache, respirando un cielo de luces eléctricas, de bucólicas capas de lino, acechando el momento de su matricidio. La escena era bañada por un colorido lúgubre, a veces ancestral, luminoso, clásico, absolutamente versátil. Impregnaba su espíritu de ruinas ilusorias, el remanente de un reino corrompido por los idilios irracionales de sus progenitores. Allí, a pocos pasos del proscenio, penetraba con su daga el pecho de Clitemnestra. Su cuerpo de pliegues y blancos caía lento y pesado, mientras la última mirada de su vida se la dedicaba a su hijo ingrato. A veces se entrelazaban los eventos de una manera distinta. A puertas cerradas, en el palacio de livianos cimientos se daba a la espera del fatídico grito, ese que se da justo antes de morir. Sin importar la forma del desenlace, las luces siempre eran las mismas, al igual que los espacios. Ahora, en cambio, el paisaje era reemplazado por uno gélido y sin vida.

Un largo pasillo, frío y todo de blanco, revestido de estuco y piso de loza. A cada lado de este, una hilera de puertas barnizadas se extendía interminable. Rezaba murmullos y calamidades. El cielo raso se perdía en las alturas, y era sostenido por gruesas columnas rectangulares; desde allí, suspendidos, caían unos tubos de luz blanca, los verdaderos responsables de la atmósfera enrarecida. A cada lado de aquellos pilares, unas antiguas bancas de madera, muy similares a las que encuentras en templos, aquejaban su dolor a cualquiera que las tocara. Allí esperaban otros Orestes, muchas Medeas, infinitos Edipos, compatriotas de espíritu, aburridos de tanta espera, aletargados por los efluvios de los siglos y el maquillaje corrido. Algunos jugueteaban con las sandalias, se arrancaban la tierra pegada, o los restos de un homicidio.

Una en especial llamó su atención. Movía las piernas con nerviosismo, y encorvada, ocultaba su rostro entre enmarañadas guedejas de ébano. Parecía rezar, pues sus labios no paraban de gesticular una histeria muda. Era su propia hermana, Electra, esperando, como él, la salida a escena, preparando, como él, el parlamento que haría posible consumir su venganza. La miró por unos momentos y se contuvo de hablarle, pues sabía que el trema invadía su cuerpo. Se miró a sí mismo, con su toga maltrecha por el largo destierro y la vuelta a la nada misma. Sus sandalias sucias, sus cabellos hermosos, cenicientos. Su puñal, aún intacto, aún sin la mácula de mortal pecado.

Ya sabía lo que venía: el discurso de la madre. Ella le diría: soy yo, esa que te ha dado la vida. Luego descubriría su pecho desnudo y le mostraría quien lo había amantado en su más temprana infancia. Y, por algunos segundos, el espíritu de Orestes caería bajo el influjo de una ternura ilusoria; apenas contendría los impulsos de echarse a llorar abrazado a las rodillas de su madre, de su víctima. Mas, recordaría al instante: la injusticia, la locura, el destierro. Llevó hacia su pecho el puñal, oprimiéndolo, como si fueran uno solo.

Lo llamaron de algún lugar, a través del largo pasillo de espectros. A su lado, una Furia de extrañas vestimentas, le indicó que lo siguiera. Sorprendido por la temprana aparición del personaje, la siguió manteniendo una prudente distancia. Llevaba un abrigo corto, pesado y carmín, justo a la altura de las rodillas. Unos zapatos de cuero terminados en punta, escondiendo sus dedos de criatura monstruosa. Su cabello ondeaba ingrávito, recogido con peines infantiles que aumentaban el toque de ironía. Su rostro de Furia, se velaba ante un maquillaje insólito, como el de una doncella pudorosa sonrojada por algún pretendiente descarado. Sin embargo, siempre su mueca de bestia la delataba.



Caminaron juntos por el interminable pasillo, a la mirada de todos. Comenzó a explicar en un idioma secreto, conocido solo por aquellos seres sobrenaturales, todo lo que tenía que saber respecto a los hechos futuros. Al terminar su algarabía, esperó la reacción de nuestro Orestes: una mueca perpleja y carente de entendimiento. Se detuvo, victoriosa, y entrando por una de las puertas, le dijo que esperara.

Orestes, aunque incrédulo, obedeció. Jamás se le habría pasado por la cabeza esta escena de improvisación. Pero recordó, que sin importar las variantes, los hados siempre permanecían inamovibles. Se aferraría al guión con todas sus fuerzas, a su propia verdad.

Otro poco de tiempo interminable y el trema empezaba a ganar terreno. Sus manos temblaban, sentía pánico, la boca seca apenas gesticulaba palabra alguna.

La puerta se abrió.

Ante él se extendía un espacio profundo, intensamente oscuro, largo, interminable, hecho de antiguas maderas. El piso crujía, desgastado y opaco. En el cielo raso jugueteaban Erinias disfrazadas de querubines. Carraspeó, no era el escenario que le prometían. A su derecha se encontraba Clitemnestra, más relajada de lo que se pudiera esperar. La Furia de traje rojo y tacones le indicó que se ubicara en la incómoda silla de los condenados, a la siniestra de la oscura sala. Dejó su puñal sobre la mesa, preocupándose de no perderlo de vista.

Frente a él, apenas dibujado por efímero contorno, una sombra se movía inquieta. Era una mole amorfa, de base amplia y en altura, inquietante como una bestia acechando una presa. La Euménide se acercó a lo que según entendió después era su oído. Sin dejar de mirar a Orestes, la Furia susurró un par de cosas, intrigante. Removiéndose, formada de suaves veladuras acuosas, la mole hizo un gesto y sus ojos brillaron. Los escribas, ocultos también por aquel vaho inescrutable, tosían y esperaban el momento de cumplir con su función.

La mole se levantó de su pesada base. Una profunda cavidad de sonidos guturales y temibles se abrió ante los presentes. Resonaban las paredes, más quejumbrosas todavía, al tiempo que revelaban el atavismo e ironía de aquel poderoso timbre.

- Hoy es un día muy especial –comenzó- Los hados han escrito en las estrellas que llegaría el día en que un joven varón de alta cuna, tocaría las puertas de este mismo salón para exigir en bandeja, la cabeza de su madre, nada menos que la misma reina Clitemnestra. Las causas, no desconocidas del todo, se presentaran aquí, y serán expuestas por aquellos sólo bajo mi tutela. Me entrego a vuestra voluntad, como representante de las mismas Moiras y doy inicio a la audiencia predestinada para este día. Cedo la palabra al querellante, Orestes.

Una larga pausa, levemente interrumpida por el rasgar de las plumas sobre el papel.

- Mozalbeta- continuó la voz profunda- ¿ha venido usted a matar a su madre?

Sorprendido por la pregunta, Orestes no atinó más que a balbucear una respuesta afirmativa

- Sí, así es, porque el designio me ha dictado... corresponde que yo...

- Silencio- lo interrumpió de golpe, amedrentadora – aténgase a responder sí o no. Por favor, mantenga la compostura.

Orestes, frustrado e impresionado por la violenta reacción de la mole se limitó a responder afirmativamente.

-Y cuales son las razones por las cuales usted desea convertirse en un matricida.

Las Euménides disfrutaban con el espectáculo, tanto la de rojo como aquellas que se hacían pasar por querubines; tomaban posturas de contorsionista, y amenazaban con abalanzarse en cualquier momento para devorarlo vivo.

- Clitemnestra junto a su consorte, Egisto, han cometido un asesinato. Mientras mi padre se encontraba liderando los ejércitos aqueos, dieron rienda suelta a su plan de arrebatarse el poder, y apenas este tocó las tierras de su propio reino, lo apuñalaron a sangre fría. Luego se han apoderado del trono dejando al reino en ruinas, desterrándome, quitándome el derecho de heredero, y humillando a mi hermana a una situación de esclava.

- Ya veo- se relamía la bestia de las sombras- los argumentos se escuchan bastante razonables. Y sin embargo, un no sé que de su presentación me hace creer que estas palabras pertenecen más a una mente perturbada que a una conciencia limpia. ¿Es la venganza lo que usted busca?

-No, solo quiero limpiar el nombre de los atridas. Y de paso liberar a este pueblo de la ignominia a la cual lo ha sometido su propia reina.

De golpe, se levanta la acusada y futura víctima berreando y gritando. Balbuceando quejas y frases incomprensibles: “yo no he hecho tal cosa”, “eso es mentira su señoría”. Sollozando, presenta la actuación que la dejaría grabada en las estrellas.

Conmovidas las Euménides se erizan, y fijan su mirada de odio hacia el matricida. Los lamentos continuaron por un rato. Se agolpaban las palabras agudas, a borbotones, mezcladas con los gemidos y sorbetes, con hipos y aleteo de manos. Incomprensibles, mas vehementes, los ademanes neuróticos contagiaron al magistrado, quien con una voz dulcificada, casi melosa, prosiguió a interrogar a la acusada.

- ¿Es eso verdad mi reina?

- Verá, su Señoría- prosiguió la reina, más afectada que el mismo día en que había asesinado a su marido- ese hombre ha matado a mi hija. Ese, del que tanto se jacta este joven, mi propio hijo. ¿Y para qué? para salir al mar a buscar esclavas, para fornicar y fortalecer su ego hinchado y putrefacto. Me ha dejado en el abandono, confinada a un castillo, en solitario, en compañía de estos ingratos. He pasado sufrimiento, que con algo más que suerte he podido sobrellevar. Porque las moiras se divierten conmigo, su Señoría. Debí morir, ahí mismo, bajo la piedra donde esa bestia desangró a mi hija. Pero no los quisieron así los hados. ¡No es mi culpa, no lo es, lo juro!

- ¿Dice usted que ha matado a su hija?

- A mi primogénita, Ifigenia.

- Pero eso fue por que así lo quisieron los dioses- se aventuró a interrumpir Orestes.

- ¿designio de los dioses?

- ¡Basura! Eso no es cierto, mientes. Tú ni siquiera estabas allí. Ese hombre, tu querido padre, sacrificó a tu hermana, tu sangre imi Ifigenia!, para irse de farra al otro lado del mar. Lo hizo para la buena suerte. Y luego volvió, después de diez años, como si nada, con una esclava del brazo, una esclava troyana para suplantar mi lugar de reina... iy en pleno lecho me ha amenazado de muerte!... revolcándose con otra mujer, se ha abalanzado sobre mí... él me atacó, su señoría yo sólo me defendía de su locura. ¿Es que una reina no tiene derecho a la vida, a defender su honor?

Las Furias apenas contenían su emoción, chillaban de rabia, piafaban, por venganza, por justicia, por la carne tierna del matricida.

- Y su amor hacia sus hijos es grande, ¿no es así?

- Sí, lo es, más que nada en el mundo- afectada y bondadosa en su tono, miserable y desgraciada en su mirada, andrajosa para los ojos de las Furias, a pesar de su condición de reina.

- Y si esto es así - prosiguió su señoría- Si su amor profundo la ha llevado a cometer tal atrocidad, donde queda el amor hacia Orestes y su hija Electra.

Empalideció de golpe, el rostro de la reina. Al fin una muestra de imparcialidad. Orestes, dio el primer suspiro, la primera exaltación de vida. Aquella respuesta que había esperado por largos años; La razón que hace que una madre abandone a sus crías... Por un momento, a una velocidad inédita, una serie de imágenes y recuerdos desfilaban por su cabeza, enredándose, violentándose, lacerando. Orestes a los cinco años, escapando del palacio en brazos de su pedagogo; Orestes a los 10, mendigando comida y agua a las afueras de un pueblo mezquino; Orestes, relamiéndose las picaduras infectadas de la intemperie; Orestes llorando, suplicando perdón a los cielos; Orestes, desterrado, solo.

Clitemnestra no sabía qué decir, sólo atinó a mirar en todas

direcciones y desmayarse. Agitadas las Euménides se lanzaron en su ayuda, sin dejar de mirar la culpabilidad del príncipe. A los minutos de revuelo, Clitemnestra recobró el sentido. Clamó misericordia y aclaraciones y a su griterío, se sumó el de las Furias. Largo rato tomó al magistrado traer nuevamente el orden a la sala.

- Reitero la pregunta. Porqué usted, que dice ser tan buena y noble madre, clama a los cielos el amor hacia sus hijos, y a uno lo destierra y mientras que al otro lo deja abandonado.

Sin mirar a su hijo, con el rostro completamente vacío, se dignó a responder luego de una larga pausa.

- Al joven lo mandé a estudiar lejos, para que aprendiera lo que es la vida. La niña es una mezquina enamorada de su padre, que solo existe para atormentarme. Es fortaleza, su señoría, lo que intento entregar a mis hijos. Entienda usted, sufren de alienación paternal

Alienación paternal, un término nunca antes visto, nunca antes escuchado por un personaje épico. A Orestes se le escapaba la vida. Ya no veía, ya no escuchaba, ya no era. La respuesta de su madre llegó a sus oídos como un golpe seco. Observaba la escena desde fuera, lejano. La incoherencia de colores y gesticulaciones, el vestido de seda blanco, los querubines. Desvanecida la realidad, solo le quedaba la fuerte opresión de su pecho. Alienación paternal, él sufría de alienación paternal.

- Según se ha dicho anteriormente, su hija se encuentra en un estado deplorable, “en una situación de esclava” por citar al querellante.

- Pero si ella está muy bien, mírela, está afuera con su vestido claro y nuevo, las Euménides son mi testimonio.

- Mentira- espetó Orestes- ¡La niña está loca, loca de odio! La consume su deseo de venganza. Se arrastra en su propia inmundicia... - se agolparon las palabras en su garganta a tal punto que lo dejaron mudo. La mole lo amonestó por hablar fuera de turno y continuó con el angustioso interrogatorio. Nuevamente la escena se hacía borrosa, incomprensible.

Continuó Clitemnestra con su perorata de lo buena madre que había sido, y cómo la niña se quitaba las ropas y las refregaba entre las pestes y la lluvia. Que a cada intento de su madre por calmar tal locura, se lanzaba Electra a golpearla con violencia... Cuantas veces, Electra, con la cara amoratada por intentar golpear a su madre; Electra de 10 años, pequeña y frágil, como la más noble de las ninfas, un víbora poseída de fuerza desproporcionada se abalanzaba injustamente contra el rostro de su bella reina; cuántas veces no le había arrugado la seda de su noble indumentaria, ante un arañazo infructuoso, cuántas veces. No, Electra estaba loca, estaba alienada por su padre, por su memoria muerta.

Terminó su perorata casi en un vibrato de soprano. Orestes apenas contenía su rabia, la empuñadura se le incrustaba en las uñas. Esa niña, esa que dibujaban allí, no era la misma de afuera, con la mirada ida, temerosa, y rabiosa, amante de las cornisas y altas ventanas, de los filos para lacerar su carne, para terminar con todo. Esa no era la Electra que presentaban.

- ¡Eso no es cierto!, mi hermana no es una furia desbocada. Esta mujer la ha vuelto loca, la ha maltratado hasta el borde del suicidio, ha cavado su tumba con la ponzoña que guarda cada una de sus palabras. Porque así esconde su crimen, perderla es su única forma de acallar lo que ya todos saben. Porque ella es la única capaz de apuntar a la asesina cada día de su putrefacta vida, y lo ha pagado con su propia cordura.

Espetada la verdad de esa forma, alejó a las Eumendies devolviéndolas a su estado de disfraz. Clitemnestra devoraba con los ojos, respiraba la rabia que tenía hacia su hijo. Por qué no él, pensaba para sí, por qué mi Ifigenia.

El monstruo se reclinó sobre su trono de sombras, disipaba y concentraba su materia hecha de veladuras al tiempo que urdía la solución al problema.

- Muy bien- dijo, después de la pausa más larga de las pausas- me parece que esta cuestión es muy delicada.

El silencio era absoluto, apenas si se escuchaban los rasguños de los escribas.

- Tenga en cuenta que la acusación es por asesinato y maltratado deliberado hacia sus hijos. A uno por destierro, y al otro por atrocidades descritas hace un momento, mas aun no han sido comprobadas en este magistrado. Ante la falta de pruebas, se abrirá una investigación con el fin de esclarecer los hechos, y declaro la urgencia de citar a una nueva audiencia. Asistirán a comparecer la hermana loca, y el supuesto cómplice, Egisto, nuevo rey de Micenas. Mientras no se dé solución al asunto, la muerte inmediata exigida por la parte querellante no se justifica. Sin embargo, dado que existió tal asesinato, decreto que como medida provisoria, la memoria de la víctima, en este caso, el difunto rey, sea respetada, en compensación a las victimas indirectas del caso. Y que dicha victimaria tenga que cumplir una sentencia de culpa por el resto que le queda de vida. Dicho esto, doy por terminada esta sesión, y las partes involucradas deberán asistir a la próxima audiencia, a las 11 de la mañana algún día de esta larga eternidad.

El tronar cesó de golpe. Clitemnestra se encogió de hombros y se dirigió a la salida, sin siquiera mirar a su hijo pródigo. La seguían el séquito de victoriosas Erinias. Orestes, derrotado, apenas pudo levantar su cuerpo, ahora carcomido por las moscas. Guardó el puñal en funda conciente de que todo su parlamento no había sido más que un fiasco. Hasta allí llegaba la libertad y vida de su hermana, el sentido de su vida, la memoria de su padre, con suerte prenderían una vela al dios cristiano. Con suerte derramarían una lágrima. Con suerte, su hermana fallaría en el intento de acabar con su vida.

Al salir de la sala de audiencias, del gran escenario del mundo, pudo ver con el alma rota, a su pequeña Electra, la loca, levantada por las axilas por una de las Erinias, completamente ida, mientras el monstruo le susurraba insidias al oído. Allí se retiraba la reina, liviana de ropajes y de temple, socorrida por sus queridas Furias. Allí le seguía su hermanita loca, arrastrando los pies descalzos y maltratados, bajo un largo y suave vestido de seda blanco.







Cristo de Mayo  
Iglesia de las Agustinas



Estudio Cristo de Mayo  
2010  
Oleo sobre cartón  
35x45



Fanal de "niño Dios"  
Museo de la Merced

II  
La tumba de Agamenón



El pueblo se alumbró de velas esa noche. Se había decretado luto nacional.

De las puertas del castillo una larga procesión de penitentes, sacerdotes y sacerdotisas, sibilas, altos delegados del estado, esclavos y poetas le seguían el paso a Clitemnestra, quien cabizbaja, caminaba del brazo de su amante y nuevo rey.

Enaltecida por el luto, la reina suspiraba y dejaba a la vista lágrimas que corrían por su rostro marfileño hasta la parte del escote, alumbrado siempre por una vela blanca. Los demás también cargaban velas, a excepción de los esclavos, que con grandes esfuerzos transportaban ánforas y bandejas de oro y plata, rellenas de las mejores cosechas y los mejores vinos; la leche recién exprimida y una serie de manjares, todos ellos dispuestos como ofrenda para la tumba de Agamenón. De la niña no supo qué pasó, quizá la encerraron nuevamente en el castillo.

Curiosa, la gente se asomaba por ventanas y puertas, respondiendo al llamado de la luz, que en hora tardía se hacía presente como heraldos del mismo hades. Se veía a la nobleza, fuera de las murallas del castillo, levantado el polvo del camino que ellos recorrían cada mañana. Algunos sin poder contener su deseo de grandeza, se envestían de su gracia, y caminaban al compás de la lenta procesión.

En lo alto de los cerros, donde todos los muertos se van a olvidar, el agresivo camino se detuvo frente a un cúmulo de rocas polvorientas, coronadas de una mala yerba reseca y quebradiza. Era la tumba de Agamenón, olvidada, sin señales que indicaran el lugar donde yacían los restos del conquistador de Troya. Se notaba que jamás ninguna ofrenda había sido entregada al antiguo señor. Pero las leyes cambian, de la misma forma que las estaciones. Así pues, allí se encontraba la reina, cuan dolorosa virgen frente al cuerpo inerte de su hijo, posando con un grácil movimiento una trenza de cabellos oscuros que había guardado en el dobladillo de su manga.

Todo el resto se reunió a su alrededor, en silencio, siempre con la mirada baja. Los esclavos vaciaron el contenido de sus cargas, las vírgenes adornaron con trenzas de flores las rocas desnudas, arrojaron leche y vino entre las hendiduras de las rocas, esperando con ello refrescar la garganta reseca de Agamenón.

Orestes observa todo esto desde lejos, oculto por las sombras, por la luz de luna ausente. Ve como se retiran, y cómo la reina en un acto de magnánima piedad, espera unos minutos más, a los pies de su odiado esposo. Esperando quizá el momento en que todo el pueblo se haya retirado para descubrir su máscara. Eso no ocurre nunca, la reina solo espera, unos momentos más, y se retira con la misma dignidad con la que había llegado. La escena era insoportablemente verosímil.

Le siguieron días más conmovedores. El cenit del medio día arrebató la tersura de las flores, agrió la leche derramada, y llenó la tumba de moscas. Aquel acto no era suficiente.

Se había decretado un “Estado Barroco”, en el cual, todo el reino debía manifestar su sufrimiento ante la muerte de su querido rey, omitiendo siempre la parte en que la viuda y su consorte habían sido la causa. La gente se lamentaba, recordaba los viejos tiempos como mejores, olvidaba la inclemencia y locura de Agamenón, los diez años de muerte y guerra, la enorme cantidad de viudas y huérfanos, y lo recordaba como el conquistador, de la misma forma que olvidaba la causa de su muerte. Se construyó una cripta en su nombre. Pesados mármoles se exportaron y con ellos cargaban sus espaldas los esclavos, ordenando uno a uno los pedazos prolijamente cortados hasta presentar un mausoleo exquisito. Apenas estuvo terminada, se leía la inscripción “Agamenón, rey de los aqueos, muerto por trágica causa”. La reina había cumplido la sentencia con lujo de detalles.



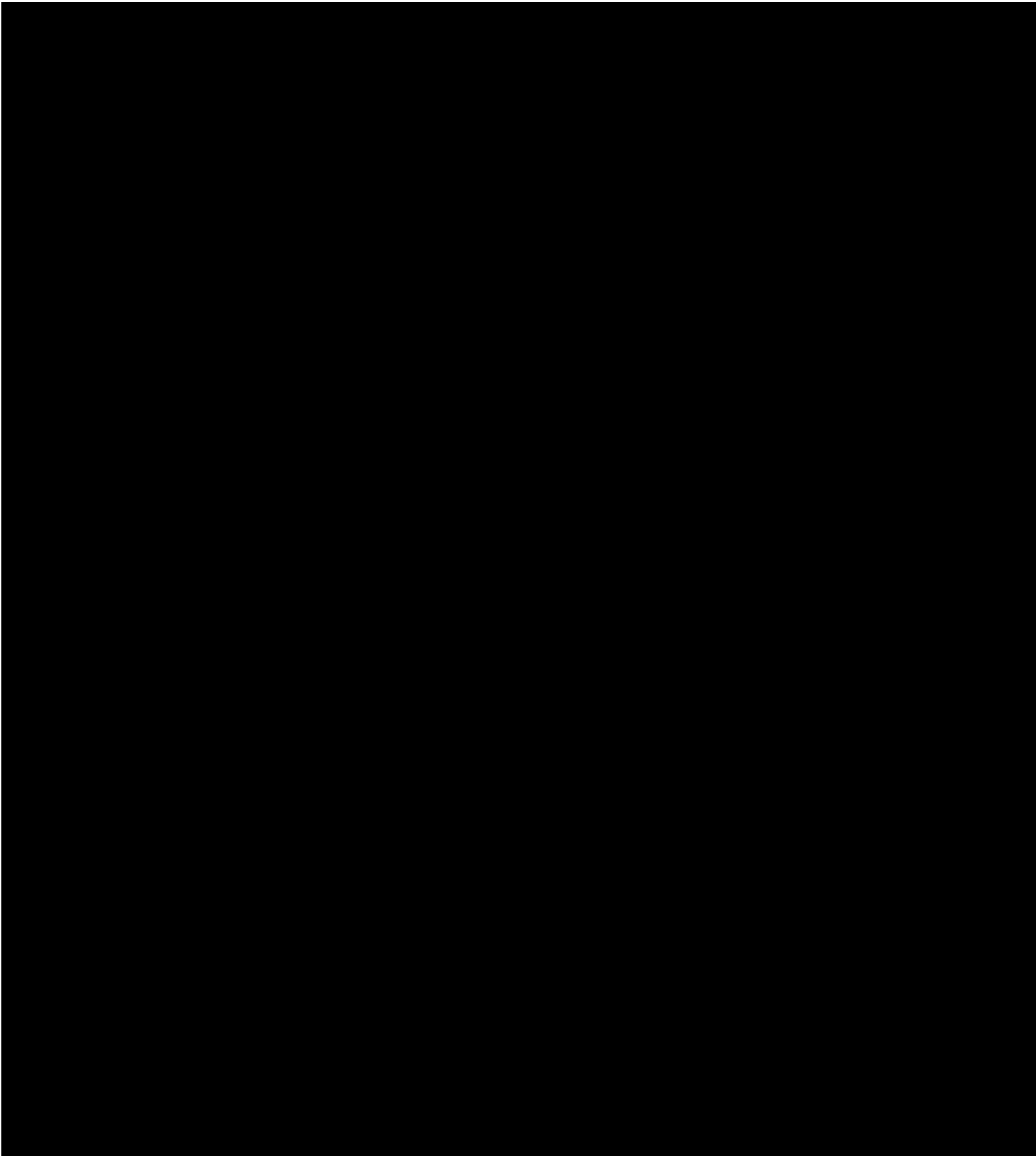




Fanal de "niño Dios"  
Museo de la Merced



Fanal de "niño Dios"  
Museo de la Merced



III  
Habla el coro de mujeres



En uno de los patios traseros de palacio, se levantan poderosas columnas que sirven de nicho para la alta imagen de una diosa. A su lado una ventana se enmarca como oscura forma contrastada con el amplio cenit de la mañana. Una joven esclava, cubierta por un largo chitón de color blanco, trapea encorvada, los pisos de dicho escenario. Se pone de rodillas y extiende sus brazos curtidos, dibujando amplios círculos con el trapo que saca de una cubeta llena de agua. A cada movimiento, el borde del chiton se empapa con salpicaduras de la mugre recién arrancada, subiendo lentamente, más allá de los tobillos. Su movimiento es mecánico, enérgico e incansable y solo la delatan sus sienes empapadas de sudor.

Limpia, sin parar, sin detenerse a pensar, acercando lentamente sus propias faldas a las de la imagen divina. Cuando ya solo quedan algunos centímetros para tocarla, se detiene. Levanta su columna aterida y estira sus agarrotados músculos por culpa de aquella ominosa postura. La diosa la mira directamente. Fija su frialdad de mármol en el límite infinito de la joven esclava. Esta le devuelve la mirada y con descaro, se da ínfulas de semidiosa y la contempla sin los pesados grilletes. Es una diana cazadora, portando su poderoso arco de flechas, cargando sobre uno de sus hombros un exquisito carcaj.

La esclava cubre rápidamente su rostro, pues la cercanía de la diosa le ha hecho notar la pestilencia emanada por las pasadas ofrendas. Gran parte de la escultura de mármol esta cubierta de todos los regalos del reino. La cubren cosechas recientes de vino, de aceites, de los más exquisitos manjares; se extienden a sus pies los restos de lo que hace días atrás había sido fruto de la más exitosa de las cazas, de las más ricas frutas y vegetales, esas que solo alcanza para la gula de los ricos. Ahora todo está ajado. Las fragancias entremezcladas recuerdan el hedor emanado por los muertos. Solo el busto y la cabeza de la diosa parecen librados de este particular elogio, pues su altura supera las proporciones humanas.

La esclava se detiene en cada detalle. Tratando de ver más allá de las cosechas echadas a perder. Recorriendo las líneas que van desde la cabeza hasta un poco más abajo de las rodillas, que es donde se pierde el resto de la imagen. Se da cuenta de lo hermosa que es. Bajo esa mugre acumulada largas y prolijas líneas dibujan una forma perfecta, un ideal de belleza. Las piernas robustas no pierden su ternura y se abren virginales adoptando una postura que evoca una aventura en el bosque. Aquí se inmortaliza el momento exacto en que la diosa ha divisado a su presa y se dispone a atacar. Mas, no como un actuar, sino como la definición misma de la caza, la abstracción de ésta. La sostiene un pequeño cervatillo de inmadura cornamenta. Quebrando levemente las caderas, sin perder la gracilidad de ésta. Lleva un ligero chitón a la altura de las rodillas, ajustado en el fino talle y muy sensible ante las brisas otoñales. El artista debe haber invertido gran parte de su tiempo en los caprichosos pliegues de la diosa. Sus pechos firmes son esbozados por el movimiento de los pliegues; el largo cuello sostiene una de las más adorables y perfectas expresiones. Su rostro es exquisito, la nariz levemente respingada, la frente amplia coronada de rizos terminados en un rodete, sus labios carnosos y delineados, presentan la definición misma de virginidad y fortaleza.

A pesar de la pestilente indumentaria, ninguna mujer del reino es capaz de superar la belleza de esta diosa. Ni siquiera ella, una simple esclava.



Casi de modo inconciente, dirige su mirada a las palmas de sus manos, sorprendiéndose de su grotesca callosidad. Sus brazos escuálidos han sido curtidos por años trabajando de sol a sol, avejentando prematuramente su lozanía, marchitando lo poco que tuvo de belleza femenina. Mira el resto de su cuerpo con la lástima con que se observa al tullido del pueblo, ése que postrado pide limosna en medio de las plazoletas. Su pecho caído, su chitón sin gracia, apenas se diferencia del busto de un niño llegando a la madurez. Su rostro enfermo, reflejado en el agua del piso, contenida por la cubeta, en los exquisitos ojos de la diosa. Sus líneas imperfectas y quebradizas, prematuramente sepultadas no se comparan con la robustez y gracilidad de Diana cazadora.

Calló de rodillas, sabiéndose olvidada por los dioses, envidiando la belleza que jamás sería suya. Y luego de un largo suspiro, continuó nuevamente su diligente cargo. Ahora sin embargo, la energía se le escapaba, y sus movimientos eran derrotados. Limpiar y limpiar, con la espalda jorobada, con los hombros y la moral caída, con la condena que sepulta sus pies ateridos.

En eso se armó un revuelo. Desde el lado contrario a la diosa, se asomaba un grupo de ecuánimes esclavas. Al igual que la primera, visten largos chitones sin gracia de color blanco. Elevan sus brazos curtidos, y como vasijas vivientes, sostienen generosas ánforas de cerámica pintada. Cuidadas de su preciada carga, caminan lentamente en una larga procesión silenciosa. Se mueven a un paso ajeno de si mismas. Demasiado cadencioso, al borde de perder el ánimo.

El aroma que desprenden las vasijas delata su camino. Son las encargadas de llevar una ofrenda a quizá qué dios indiferente, con la esperanza de ganarse su favor y servir de lacayo a la reina.

Una de las mujeres, superadas en fuerzas y proporciones, se enreda en el dobladillo de sus faldas, y cae al suelo, derramando la tibieza de una leche recién ordeñada. Todas las mujeres entran en pánico. La joven esclava se acerca con una intención desconocida para ella misma. Recoge el ánfora perforada y observa como la leche se escapa entre las hendiduras recién dibujadas. La culpable tiembla ante su fallido movimiento. Los dioses nuevamente le hacían una jugarreta. Reunidas las mujeres intentaban contener el fluido de la vasija, y con sus manos cubrir las trizaduras. Mientras la leche se escurre por entre sus dedos. Desistieron al rato, ni modo, no hay que llorar por la leche derramada.

Pálida, la culpable observaba su crimen e intercambiaba rápidas miradas con sus cómplices ¿La delatarían? Aun en el suelo, recogió el resto que quedaba de vasija. La esclava joven apuró su paso y poseída por una fuerza vehemente, limpiaba rápidamente la evidencia del crimen. Las demás, en un acto de extrema compasión, se dispusieron a ayudar. Limpiaban con sus faldas la falta de su compañera. Solidaridad, sólo eso. Pues si la reina se enteraba que aquello destinado a podrirse a los pies de Apolo, ahora se encontraba derramado en el piso, no solo serían azotes los que recibiría la esclava, y no solo ella sería la imputada.

Una vez que se hubo limpiado la escena, las mujeres reunieron sus rodillas en un círculo.

-Qué se le va a hacer- dijo una a modo de consuelo- no hay que llorar por la leche derramada- y decía esto, sin dejar de buscar el escondrijo de aquel personaje que las delataría.

-¿Otra ofrenda más? Ya van siete ánforas derramadas, cuánto más quieren...

Apenas hubo enunciando tal atrevimiento selló su boca, arrepentida. Ninguna dijo nada. Mas la complicidad de su silencio era suficiente para dar a entender lo que ya todas pensaban. Sin embargo, los parlamentos que le siguieron sucedieron entre susurros.

-Estamos desperdiciando el alimento con estas famosas ofrendas. Míralas, allí están, llenas de hormigas, llenas de moho. De sólo pensar en toda esa carne podrida, en todas las libaciones... me pregunto qué ganan los dioses con tanto desperdicio... me duele el alma, saben, tanta leche derramada...

-La reina quiere ganarse el favor de los dioses, y a los dioses les gustan las ofrendas. Les gusta el sabor del sacrificio, así que anda haciéndote la idea del precario invierno que se nos viene.

Las mujeres agacharon la cabeza. Lo único que les quedaba por hacer era suspirar. En eso se les iba la vida, en suspiros. Pero que se le va hacer. Siempre es frase, esa frase terrible tatuada con hierro al rojo vivo. La reina a la que servían estaba loca, todas eran perfectamente conscientes de ello. Una de las esclava les había contado de su precaria situación. La reina se pasaba mañanas enteras abriendo los ojos al sol, encegueciéndose, con la esperanza de borrar los augurios de sus terribles pesadillas. Esa misma esclava había sido testigo de cómo la reina, perdida en su locura, sacaba a patadas del lecho matrimonial a su nuevo marido. En esas noches, era necesario a lo menos tres esclavos más para devolverla a la realidad. Por ello la causa de estas constantes ofrendas, para saciar la venganza de los fantasmas que le quitaban el sueño a Clitemnestra.

Ninguna decía saber lo que ocurría a puertas cerradas de palacio. Pero todas lo sabían perfectamente. Se escuchaban rumores, se veían cosas. Entre corredores y pasillos espectros perseguían a la servidumbre con su presencia miserable. Se escuchaban gritos y lamentos de almas en pena, inconsolables y perturbadoras. La historia del rey asesinado y sus hijos desaparecidos era bien sabida por todos, mas no una noticia pública. Jamás se habían encontrado pruebas suficientes para salir del mito. A pesar de los gritos, que persistían en atormentar a sus testigos, sólo lograban ahuyentarlos y con ello

enterrar más aún la verdad de su causa. Dentro de palacio, las incongruencias sobrepasaban la cantidad de vasijas destinadas a elogiar a los grandes altísimos. Nadie tenía claro lo que estaba ocurriendo, nadie lo quería saber. Frente a actos incomprensibles siempre era mejor desviar la mirada. Habían nacido con la mirada nublada, con los ojos bizcos. Mejor callar, mejor acatar, mejor ahogarse en suspiros que abrir una caja de Pandora innecesaria. Mejor la complicidad, a ser enterrada viva bajo una piedra, o morir bajo los azotes de verdugos anónimos. Siempre era mejor bajar la mirada, y adornar con flores todas las esquinas, y abrir todas las ventanas para que la luz aplacara a los malos espíritus.

Suspiró nuevamente, el aquelarre de impotentes esclavas. El temor corroe, corrompe. Mirando detenidamente, la fruta seca y podrida hacía un juego preciso con la complicidad de los sirvientes. Asqueadas todas ellas, acallaban nuevamente el tímido ímpetu que había cobrado vida en ese breve cotilleo. Silencio, aplastante, sin respiración, sólo se escuchaba el pulular de las aves en la lejanía. Quietas, las ninfas desgraciadas se entregaron a la rigidez inútil, emulando la imagen de la misma Diana cazadora.

En ese sopor de muerte se encontraban, cuando, como una rayo perdido del olimpo irrumpía un certero lamento. El grito provenía de las mismas entrañas de palacio. Todas voltearon a ver. Desgarrador, se repitió a los pocos segundos. Era un grito femenino, infantil, desatado en toda su histeria y horror. El grito se repetía, interminable, acompasado por un ritmo cruel. Con horror descubrieron su origen en otro sonido más espantoso aún; muy por debajo, casi imperceptible, se podía sentir el golpe sobre una carne desnuda. El semblante se hizo de pánico. Nadie sabía qué hacer. Levantadas de golpe y al unísono, caían sus mandíbulas a tiempo que clavaban los ojos en el punto más allá de la cabeza de Artemisa. El grito fue ahogado de golpe. Las mujeres agacharon la cabeza, lamentándose, espantadas por la repentina presencia. Respondieron al llamado de auxilio con lo único que sabían hacer, volver al trabajo. Siempre ocurría lo mismo, apenas se escuchaban los gritos huían, refugiándose en sus labores.

Arreglando su revoltijo de pliegues, apuraban la investidura de vasijas vivientes para no volver a repetir el evento. La única que no se movió fue la esclava joven. Esta, no quitaba los ojos de la imagen. Buscaba el origen del sonido en los fríos ojos de Diana cazadora. Cada momento en que se repetía tal circunstancia, era capaz de ir perfilando al dueño de tales lamentos. De conocer el sonido de su carne, el color de sus mejillas. Y lo sentía como suyo, un cuerpo breve y frágil, incluso más pequeño. Sulfurada, poseída por un dios del averno, temblaba de pies a cabeza, apretando los puños, nublando su horizonte. Se abalanzó sobre la indiferente diana cometiendo uno de los más impíos actos que pueden ser cometidos sobre piedra sagrada.

Escarbó entre aquellos pies aquellos pies de mármol, apurando, dispersando la ominosa torre de naturalezas muertas. Hasta que finalmente encontró su tesoro: Una manzana, arrugada y maloliente, suspendida entre sus manos, se inscribía como la discordia y entraba como hiel por la garganta presurosa de la hereje. Cada mordisco era un acto de violencia. Su ataque de rabia crecía, al saberse cómplice de tal atrocidad y sentía desprecio de sí misma, de este reino, de su desdichado sino. Había tocado lo sagrado, y ya no le importaba. Las demás miraban la escena sumidas en un pavor hipnótico. Esperaban el momento en que la joven sería fulminada por los dioses a causa de su atrevimiento. La joven seguía incansable su tarea, y guardaba su asco para otro momento. Tragaba como si en eso se le fuera la vida. Mordía, el lastimero sabor de la muerte, y se perdía en una hambruna de desprecio. Su pecho agitado se rebelaba, y en cada bocado encontraba su libertad.

Ninguno de los dioses se atrevió a fulminarla. Al terminar el último pedazo, la estancia permaneció en silencio. Y nada. Arrojó el hueso de fruta con el resto de las ofrendas podridas. Saboreaba su victoria y arrogante, provocaba la furia divina con los ojos en el cielo. Las mujeres se miraban incrédulas, incluso, felices, esperaban lo terrible, y a al sentirse a salvo, solazaban sus sonrisas en el acto de rebeldía...

Desde la oscura ventana, la única de aquel lugar, se dibujó la silueta de Clitemnestra. Las mujeres no la notaron. Al principio, continuaron con su desconocido éxtasis, rodeando como brujas a la elegida. Mas bastó una mirada de soslayo para sacarlas a todas de su estado, y dar la alarma de salida. Presurosas, las mujeres volvían a coger las ánforas y entre torpes tropiezos se retiraban del escenario. Estupefacta, la joven esclava miraba directamente a la silueta de la ventana, sin siquiera tener oportunidad de cubrir su rostro. Había firmado su sentencia de muerte.

Cuando ya sus compañeras dejaron la escena, la esclava caminó con paso lento y depurado, retirando levemente la mirada de su verdugo. Dignificada por la insolencia, el blanco del ajado traje se hizo más fuerte, y por unos momentos, esa luz blanquecina del medio día le dio aires de ninfa.

Apenas estuvo vacío el escenario, salió la reina humillada, arrastrando sus finas sandalias.

-Ahora Clitemnestra es una asesina- sin dejar de mirar a la diosa culpable de la muerte de su hija- y Egisto, un usurpador.





Crucifixión  
Museo de la Merced



*“El reino de la definitiva inconsistencia o, también, el reino de lo monstruoso; de aquello que irrumpe sin que sea posible divisar el origen de su aparecer, que sería el término de su apariencia; de aquello que no posee natura, ya que apenas se intenta asirla, ésta se transforma en otra, y luego en otra, y en otra todavía (...) de aquello en fin, que no es posante, que no puede posar y, por ende, tanto menos reposar.”*

*Lo Demoníaco en el Arte, Enrico Castelli.*

## IV

### El segundo intento de Clitemnestra



Camino al centro del pueblo, se abría un largo paraje de utilería abandonada. El príncipe llevaba días en su claustro de piedra, acompañado sólo por el crepitar del fatuo fuego. Escuchaba los rumores de las gentes, que como ecos resonaban en la vigilia culpable de Orestes. Tenía que ir a ver, con ojos propios, lo que la reina estaba enmarañando en su tela de Arácne.

Avanzaba por un camino cada vez más escarpado. Tropezaba a cada instante con los utensilios olvidados de otras tragedias. Se amontonaban a ratos en grupos, como islas pequeñas, muebles envilecidos por el tiempo y el abandono; retazos de terciopelos y sedas dadas a menos, por alguna ninfa caprichosa; escenarios carcomidos por la humedad y los insectos. Y el paraje crecía, hasta convertirse en surcos. Los muebles se amontonaban hasta hacer de ellos mismos, complicados laberintos de roñosas maderas.

Cada vez más cerrados, aquellas galerías hedían a muerte. El olor de siglos de abandono se acumulaba, y la luz de un principio, desaparecía a medida que entraba a las entrañas de aquel extraño y frondoso bosque de naturalezas muertas.

Orestes continuaba. Caminaba en una lucha que no se lograba definir: fascinado, asqueado, dubitativo, temeroso; un torbellino de sensaciones se le iba a la cabeza a medida que se internaba en la profundidad de masas. Finalmente la luz abandonó tales lugares, y sólo a veces era posible perseguir un mísero halo de ésta. Detenido en la penumbra, sin un rumbo certero, el príncipe respiraba agitadamente ante la pérdida de las nociones espaciales. Perdido, agotado, recordó los días más difíciles de su infancia, cuando junto a su pedagogo se ocultaba entre los callejones abandonados de los pueblos, buscando alguna posibilidad de sustento. Prosiguió, esta vez tanteando, sintiendo la atmósfera, agudizando los aromas que en su pecho se agolpaban y lentamente, perdiendo el hilo de sus propios pensamientos.

Tanteaba las maderas, asumiendo el inoportuno percance. Su temple recobraba sus formas, y más amigable, el espacio se abría como texturas mohosas de siglos olvidados. Sentía en las superficies de su mano, un extraño reconocimiento, como si por aquellos parajes se dibujase su infancia, mucho antes del desafortunado destierro. Áspera a ratos, perturbadoramente suaves, se intercalaban las sensaciones hasta volverse la única presencia posible.

Y sin apenas esperarlo, la sorpresa de la luz. En medio de aquel largo laberinto se abrió un claro. Desde arriba, tocaba con su tibieza artificial, las superficies polvorientas de innumerables ángulos, de patas curvilíneas, de tableros desgastados cubiertos de manchas aceitosas, de mugre, de purulentos nidos de arañas. Sintió como lentamente emergía de la penumbra y podía comprobar al fin la existencia de sus partes. Acercaba la mano, como si fuera un espectro, sintiendo el saludo de los innumerables colores de su propia piel y venas. La sangre se adivinaba en la calidez de los nudillos, en las palmas mugrosas, en el brazo que lentamente se extendía hasta convertirse en codo. Todo una suavidad de ocre y naranjas, de suaves carmines, de repentinos azules que brillaba ante la calidez del conjunto. Y lentamente el personaje iba devolviendo las formas a su cuerpo. Sintiendo la calidez en sus rasgadas vestiduras, sintiendo la materialidad de su carne que ya solo era pura sensibilidad.

Como un ebrio, que por primera vez se descubre Narciso, no se dio cuenta que frente a él, un espejo de breves dimensiones le devolvía la mirada como un espía amigable. Al igual que todo el conjunto, difícilmente se adivinaba su proceder, y de espejo quedaban sólo momentáneos gestos de cabeza. Reflejaba la luz con fuerza, a pesar de su humildad. Estaba embadurnado de la tierra ancestral que lentamente devuelve lo creado por el hombre a la tierra. Era un arco modesto, sin adornos, que quizá en algún tiempo fue parte del tocador de una dama arribista. Su imagen se imprimió, en lo poco de espejo que quedaba, y no supo si era él quien se desintegraba, quien era devorado por el polvo, o si el espejo era devorado por su imagen. Jugeteaba con sus contornos de polvo, fantasías inconmensurables en las cuales se asomaban siluetas de alces, de furias, de seres fantásticos, de bruma atávica que no quería disiparse.

Era el centro, estaba seguro, de aquella sierpe monstruosa. Embelesados los parpados acariciaban las superficies que antes fueran tocadas por las manos. Era el reencuentro con su propio escenario. Eran tesoros, los cuales únicamente entrega el azar. Eran paisajes de puro desgaste, de grises perpetuos, que auguraban en fantasmas sin forma, lo que a todos nos llega al final. Y así estaba de absorto el príncipe, que se olvidó de su hermanita loca. Por un momento fue puro presente, protegido por aquellas formas anónimas, que solo hablaban de honestidad.

Lo sacó de su ensimismamiento un arrullo a los lejos. Volvieron sus afilados sentidos de fugitivo, y volvió a entonar la marcha. Nuevamente esa oscuridad profunda, esa angustia incansable, ese recuerdo amargo que le secaba la boca. Auxiliado por el sonido, siguió su camino sin apenas tropezar. El arrullo se volvió queja, y lentamente estridencia. Cada vez más convencido de su paso, a largas zancadas se habría surcos hacia las nuevas luces de la ciudad.

Todo era irreconocible.

La claridad de antaño, aquella blancura que solo al mármol pertenece, era interrumpida por estructuras y materias de otra índole. Lo que había creído estridencia, era en verdad el estado de las cosas en escena. La gente azotaba sus puertas poseídos por una vehemencia sobrenatural. Los movimientos eran efímeros, agresivos, como estar dentro de una estampida. Corría el pueblo de Micenas de un lado a otro, absortos en el desorden de su espíritu, completamente enajenados.

Un coro de mujeres lo sacó de su estupor, y casi logran tirarlo al piso en su premura. Iban vestidas de negro, y cubrían sus cabezas con pesados mantos oscuros. Se dirigían hacia el centro, y arrastraban con ellas niños asustados y suplicantes. Otros transeúntes se cruzaron, empujándolo, como si fuese un ser invisible. Se movía la gente como una coreografía apresurada, y sin orden aparente, todos como una marejada hacia el centro del escenario. Arrastrado por esta horda desaforada, Orestes atisbaba relámpagos de su pasado, codeándose con imágenes de carne martirizada. Era una orquesta, hecha solo de contrastes, donde los contornos, antes tan bien definidos y quietos, se entremezclaban con oscuras siluetas y desaparecían. Como una orquesta dedicada a lo caduco.

La marea de gentes se reunió al abrazo de una amplia fachada. Era un templo completamente distinto a como los había visto antes. No tenía nada en común con los que ya bien conocía, nada que ver con sus límpidas columnas, sus ordenados dinteles, sus serenas esculturas. Nada de templanza de espíritu, nada de claridad y sosiego. Era, en cambio, un amasijo de curvas y elipses que terminaba en el infinito. Pesada y de color sangre, se elevaba un edificio, cuyas columnas ascendían como espirales, y sostenían recargados dinteles con descontrolados seres sobrenaturales que sobresalían y luchaban unos contra otros en posturas que contradecían la anatomía de los cuerpos.

La gente, no era más que una extensión orgánica del edificio.

Una algarabía de especies se reunía allí. Mujeres vestidas de dolorosas, niños que recibían azotes por su mala conducta, griterío, cánticos dispares celebraban una fiesta indescifrable cuyo único punto en común era el desorden y la espera. Se enfilaban hombres montados a caballos, ostentando sus arcos hechos de flores y plumas, conteniendo el nerviosismo de sus bestias que no paraban de dar coses. El griterío ascendía resonando en los recovecos y arabescos del edificio, hasta que este ya no pudo contenerlos más y abrió sus pesadas puertas labradas en roble. Emergió desde una penumbra de velas un coro de hombres vestidos de blanco, que al unísono, caminaban hacia la multitud. Como el mar de los extranjeros, se abrieron las aguas. Y dejaron paso libre a la lenta procesión de siluetas blancas. Avanzaban muy ordenados, en filas de a cuatro, y llevaban cada uno entrelazados unos largos rosarios de

madera. Lentamente, acunado por los cánticos que al fin lograban hacerse uno, emergió Clitemnestra, sin su consorte; de hecho, sin nada más que una complicada vestidura de largo velo, para cubrir sus cabellos, y un pesado vestido bordado con oro que ocultaba la exuberancia de sus formas. Caminaba lenta y triste, llenando el vacío de oscuridad de la puerta. Tras ella, espaciados sólo por un breve tiempo, la figura de una crucifixión. Oscilaba, como péndulo invertido, y a sus pies innumerables flores cubrían la estructura que servía de balsa, transportada por otros hombres de blanco, menos afortunados que los primeros. Lo cargaban sobre sus hombros, y desde cierta distancia, parecían pilares encorvados y sufrientes.

La masa de piadosos se regocijaba, pues la espera había dado frutos. Conteniendo sus pasiones, reuniéronse tras la solemnidad de aquellos pilares humanos, y liderados por Clitemnestra, caminaron cobijados por la sombra oscilante. Llenaban con sus cánticos y velas, sus ensalmos y letanías, las calles de una ciudad antes hecha de figuras blancas. En un principio todo era desorden y las multitudes se entorpecían entre ellas. Acarreado de un lado a otro, Orestes finalmente se aleja de la muchedumbre para tomar un respiro. Lentamente, la diligencia de un inicio comenzaba a decantar, y la masa iba logrando consistencia, encausando finalmente su sentido. Separado del resto, pudo ver con más detenimiento lo que ocurre. Puede ver a hombres fornidos sobre innumerables arcos de flores y bestias, y otros crucifijos, replicas del anterior, mas de menor tamaño. Como, ninfas traicioneras giran derramando sendas de flores blancas, y con su fragancia ocultaban el



hedor característico de las grandes multitudes. Y como, aquel coro de mujeres enlutadas avanza con sus crías a rastras. Con pequeños asustados que abren descomunadamente sus ojos ante lo macabro de la nueva deidad. Devoraban, en contra de su voluntad, la piel amarilla, los músculos tensos, y la profundidad de los cortes, que con tanta maestría se habría ensañado el artesano en lograr. Era la carne al rojo vivo, el nácar de los tendones descubiertos, las costillas que emergían de un carmín sanguinolento y un verdor necrótico, que arrancaban lágrimas de esas tiernas mejillas. De hecho, esto último era lo más impresionante. Parecía la carne abierta de un buey desollado, colgado de cabeza, cincelado por el detalle cruel. Acentuando la huella de la lanza en el costado. Famélico y martirizado, terminaba su clímax en la mirada de súplica, derrota o resignación. Todo su cuerpo, desde los pies enclavados hasta la opacidad inerte de esos ojos suplicantes, vibraba en una tortuosa y eterna agonía, que todos sentían como suya propia.

Cristo era cruel, pues abría sus heridas cada vez que aquel niño lo miraba, aplastándolo, destruyendo su inocencia. La madre lo sujetaba fuerte, “sosegándolo”, avergonzada por la reacción poco piadosa de su retoño. Obligándolo a seguir tras la causa de sus terrores.

Todo parecía una gran celebración, una fiesta.

Mas a medida que los cánticos se ordenan y el verdadero significado se atisba entre el bullicio, comenzaba a comprender el real significado de aquel acto. La fila era cerrada por el grupo más extraño de todos, a los cuales ni siquiera había notado antes. Hombres y mujeres, semidesnudos, se arrastraban de rodillas y gemían por la punzada de la piedra contra su carne. Gritaban, y entre sus gritos podían reconocerse súplicas de perdón. Ahora lo entendía bien. Las llagas abiertas de los dioses eran suficiente inspiración para abrir las propias. Sufrir, como sufrió el otro, era la cuota mínima para merecer su perdón. Expiar las culpas, y concentrarse en el propio dolor, a tal punto, que ni siquiera fuesen capaces de tomar en cuenta el de los otros. Hecho sea de paso, las culpas de sus soberanos. Pues si todos eran pecadores, todos pertenecían al mismo quintal.

Detenido les siguió con la mirada, y reconoció en aquella procesión el mismo recorrido que tantas lunas atrás habían hecho: el camino hacia la tumba de Agamenón. Era el segundo intento de Clitemnestra por restablecer su nombre.





Estudio niño  
2011  
Óleo sobre madera  
30x42

Estudio niño  
2011  
Detalle





Puerta pequeña  
2011  
Óleo sobre madera  
Detalle



Estudio niño de pie  
2011  
Óleo sobre madera  
30,5x24,5

Estudio niño durmiendo  
2011  
Detalle





Estudio niño durmiendo  
2011  
Óleo sobre madera  
96x43 cm





Cristo del cáñamo  
Iglesia de San Francisco

*Júpiter: una vez que ha estallado la libertad en el alma de un hombre, los dioses no pueden nada más contra ese hombre. Pues es un asunto de hombres, y a los otros hombres- solo a ellos- les corresponde dejarlo correr o estrangularlo.”*  
*Las Moscas, J. P. Sartre.*

V  
Segunda Audiencia



Llegó finalmente el día esperado, ese perdido en una larga eternidad. El escenario era de la misma compañía: los largos pasillos blancos, profilácticos, las innumerables puertas barnizadas, la atmósfera de muerte. Los humores removían las entrañas de todas las gentes de ese lugar. Orestes se sentía desfallecer.

Todo aquel tiempo de espera lo había transcurrido oculto, en la misma cueva aledaña al reino. Siempre cercano a una hoguera, observando los trémulos movimientos de su sombra, escuchando los murmullos de una ciudad alienada.

Su cuerpo se había consumido. Lo que antes fuera un digno ejemplar del divino Apolo, ahora no era más que un costal de huesos. Sus mejillas mortecinas estaban hundidas, y enmarcaban sus profundos ojos unas oscuras medialunas.

Practicaba su discurso a diario, como un ejercicio contra el tiempo. A veces de tono épico, a veces con alevosía, incluso un poco de llanto; se ponía a sí mismo en todos los escenarios posibles, argumentaba todas las argucias, destruía todas las mentiras, y vibraba al momento de la inminente victoria, por muy ilusoria que fuera.

Ahora había llegado el tiempo de la verdad, la hora nefasta. Practicó unos movimientos de labios, unas gesticulaciones, con la esperanza de dar rienda suelta a su elocuencia y con ello lograr la tan ansiada libertad de su hermana y reino. No quería ni pensar en las condiciones en que vivía... Seguramente ya habrían encontrado la forma de quebrar su espíritu, y convertir lo que quedaba de ella, en una senda de patrañas y mentiras... Mejor no entrar a terrenos peligrosos, se decía, pues una vez pisados, todo el camino se convierte en picada.

Desde el fondo del pasillo, se abrieron las pesadas puertas de roble por donde se entraba al lugar, y por unos momentos, aquella luz mortecina y blanca se vio encandilada por la luz del medio día. Justo allí, enmarcadas, tres siluetas enlutadas dibujaban sus sedosos e ingrátidos contornos. Era la familia real, que hacía su entrada al vestíbulo del escenario. Clitemnestra llevaba de la mano a su pequeña hija Electra, y ésta, sumisa, se dejaba arrastrar a lo que próximamente la pondría en tela de juicio. A su siniestra venía Egisto, coronado por laureles, con el ímpetu y la soberbia que lo caracterizaban.

La atmósfera se hacía pesada, y las rodillas de Orestes desfallecían. Todo ese tiempo de eterna espera, de acumular fuerza, se le escapaba como a Sísifo, el agua de sus dedos entrelazados.

Las miradas se volvieron evasivas. Indiferente, o lo que al menos intentaba, Clitemnestra tomó la iniciativa, y se ubicó en el lugar más alejado de su hijo varón, tras una enorme columna blanca. Apenas podía ver los piecitos ateridos de su hermana, bajo el luto que a su cargo corresponde. El tiempo se hizo más lento todavía.

En un intento desesperado, Orestes repasaba las palabras, su amado parlamento, pero las fuerzas huían y la memoria fallaba. Todo parecía negro ahora, y todas las palabras vacías, insignificantes.

La puerta que correspondía a la audiencia se abrió, y de ella apareció una Erinia, vestida, al igual que la vez anterior, con ropas de otra época, de otra naturaleza, que no engañan a nadie. Le siguieron los solicitados.

El escenario era ligeramente distinto.

Con una larga mirada en espiral la habitación había crecido, y ya era imposible hablar de aristas en aquel lugar. La oscuridad era profunda e inquietante. Las paredes eran de piedra atávica y lúgubre, y por ellas se filtraba agua de turbias cañerías invisibles. El piso estaba sucio, revestido de maderas ancestrales que crujían como ditirambos. Todo el lugar olía a humedad y encierro.

Había, al igual que la vez anterior, dos mesas a cada lado, con sus correspondientes sillas. Al lado de Clitemnestra le habían sumado otras más. El centro, en cambio, era completamente distinto. Una enorme y pesada estructura en espiral se extendía justo en medio. Parecía una escalera circular que terminaba en un pequeño escenario; quizá el nicho, desde cuyas alturas los magistrados juzgarían a los condenados. La balaustrada de la escalera era impresionante, parecía construida de seres míticos y mortales. Querubines, erinias, minotauros, hipogrifos, y otra serie de inquietantes siluetas se contorsionaban y retorcían dibujando los perfiles de una estructura que cambiaba con cada mirada, que hacía y deshacía pesadas materias, y al mismo tiempo, de una ingravidez antinatural.

La luz parecía emanar de las cosas. Parecía no tener origen, y por más que se buscara, no existía aquella cavidad escondida por donde se filtrara el mundo de allí afuera. La luz era tenue, nebulosa y amarilla, como una vela que se extingue, como un remanente de energía mística que claudica. De aquí se desprendían aquellos tímidos dorados; esas alas turbias, cuyo plumaje desplega celestes y colores cálidos siempre ocultos por una oscuridad acuosa. Pero sobre todo, el color de la carne, una masa rígida, mortecina y cerosa, en cuyo intento anodino buscaba una escapatoria hacia la turgencia. Era una latencia, una amenaza que fijaba sus millares de ojos oscuros directamente a todos los presentes.

Justo frente a esta enorme mole, apenas visible a los ojos, una banquillo diminuto. Al verlo, y sin saber porqué, una puntada arribó en el corazón de Orestes.

Los escribas ocupaban el mismo lugar de siempre, con sus sillas y el mismo anonimato.

Cada uno ocupaba su lugar en la escena, lo único que faltaba era el objeto principal. El silencio asfixiaba, y lentamente un zumbido apagado fue haciéndose presente. Desde la más profunda oscuridad emergió su señoría y majestad. La mole, como bien recordaba Orestes, se movía como una sombra densa hecha de veladuras. El zumbido era distinto esta vez, tenía la serenidad del depredador que juega con su presa antes de acabarla. Subió lentamente el espiral de monstruos y quimeras.

De la nada una Erinia emergió junto a su oído. Emitió unos guturales sonidos a los que la mole respondió con un ademán silencioso. Esa misma Erinia se detuvo frente a las partes involucradas.

- Con respecto a la causa del matricida, Orestes, contra su madre y viuda negra, Clitemnestra, se da inicio a la audiencia acordada para el día de hoy. Se le pide a las partes que demuestren la veracidad de los argumentos frente a su señoría.

- Gracias, querida. Muy bien... en donde quedamos, así, los antecedentes nuevos ¡Oh Clitemnestra, reina de Micenas! Desde esta distancia puedo sentir el aroma del luto que te envuelve. Me cantan las Furias una tonada con respecto a tu última aventura ¿Es eso cierto, mi señora? ¿has cumplido con los rituales que te he mandado?

- Sí, su señoría.

- ¿Has cultivado la culpa en los templos y hogares, ha desfallecido tu espíritu carcomido por el remordimiento?

- Sí, su señoría

- Pues aún mantiene el semblante, su majestad, el mismo que llevo hace tantos días. Demasiado sonrosadas tus mejillas...Y qué me dice usted mozalbete, ¿ha intentado usted insultar esta corte a través de sus intrépidas fechorías, ha caído en la tentación de matar a su madre?

- No, su señoría

- Ya veo, ya veo. También me doy cuenta que no ha traído consigo el puñal que con tanto celo acunaba en su pecho. Estos jóvenes de hoy, apenas se les niega un capricho se derrumban sus miembros en un letargo resignado. Señora Clitemnestra ¿Es eso cierto?

- ¿Perdón, su señoría?

- Es cierto ¿que su hijo no ha intentado abrir su vientre y leer el oráculo en sus entrañas?

- O, no su señoría.

- ... muy bien. Veo que las partes han cumplido sus deberes hasta el momento. Alegría hay en mi corazón, campanitas en mis oídos.

Hubo una larga pausa en la que Orestes sentía la mirada de la bestia penetrando sus secretos. De momento nada malo, ninguna falta en su respuesta sometida: “no, su señoría”. No se atrevía a mirar a su madre, no sabía que estaba pensando. Sentía que cualquier movimiento en falso, le arrebataría la victoria y de paso, lo hundiría en la perdición. Nadie realmente lo miraba, ni siquiera su hermana pequeña. ¿Lo habría reconocido? Quizá aquella niña se había acordado de su hermano, ¿lo estaba esperando?

- Ahora bien, los nuevos antecedentes...

Ya sabía cuales eran los nuevos antecedentes. Todas sus esperanzas se fundaban en esas buenas nuevas. Su hermana finalmente hablaría, aquí, frente al magistrado, representante de las Moiras. Y nadie la detendría, ni siquiera la misma reina. La verdad finalmente le daría su recompensa, se abrirían los cielos y entonarían las sílfides cantos de justicia y libertad. Una euforia descontrolada recorrió su cuerpo, atisbaba el final del camino en una catarsis gloriosa.

- Clitemnestra, veo que viene en buena compañía. ¿Es esta su hija Electra?

- Sí, su señoría

- ¿Y este, su nuevo esposo, Egisto?

- Sí

- Cedo la palabra entonces a nuestro más reciente regicida.

A una señal de la Erinia, Egisto se levanto de su asiento con un sonido sordo. Caminó sin vacilaciones hasta aquel banquillo invisible, subiendo con toda la gravedad de su cargo. La luz sin precedentes develó sus sienes cubiertas de líneas, y dos cavidades oscuras de las cuales emergía una brillo maligno.

- ¿Es usted Egisto, el nuevo rey de Micenas?

- Sí, su señoría

- Se le acusa de haber obtenido el poder a través de un asesinato.

¿Esta usted conciente de las implicancias de dichas acusaciones?

- Sí, su señoría.

- Y cómo se declara.

- Usted no entiende, magistrado. Aquí hay un gran malentendido.

Las butacas se removieron un poco, algo más que un murmullo interrumpió aquel inesperado silencio.



- Me he visto en la necesidad de socorrer a vuestra hermosa reina y la mía. A un hermoso palacio y sus exquisitas riquezas. Pero más que cualquier otra cosa, a un reino destinado a perecer por el abandono de su gobernante. Es sabido que Agamenón partió a tierras lejanas para seguir los vendavales de un capricho. Dejando con ello, al país en la ruina. Llevó consigo a los más bellos y poderosos guerreros de este lugar, los cuales finalmente perecieron. Allí, lejos de sus esposas e hijos perecieron los más grandes. Aquiles, el más poderoso de todos, enloquecido por la muerte de su querido Patroclo; de Odiseo nada se supo, y se cree que fue devorado por las entrañas de Poseidón. Y así muchos otros. Los que lograron vencer en la guerra, aquellos que finalmente lograron sobrevivir, no lo hicieron sin padecimiento alguno. Más de algún desdichado vio como sus brazos le eran arrancados de su cuerpo, o sus piernas. Muchos quedaron ciegos, producto de alguna daga traicionera que vino a parar en su rostro. Entre un mar de sangre se revolcó la mayoría de ellos. Sofocados por la pestilencia de vísceras, por la fiebre desbocada del miedo y la rabia; tanto así, que todos perdieron la cordura. Los que aquí llegaron ya no le sirven a sus señoras, son una larga caravana de monstruos desmembrados e inútiles. Eso, es lo que el gran Agamenón ha hecho con nuestro glorioso legado. Demorarse diez largos años en remover los cimientos. Eso, y quitarle la vida al fruto de sus entrañas, a su hija Ifigenia. En una piedra, blandió la daga en el aire y atravesó el marfileño pecho de su hermosa hija. Virgen murió, y sin nupcias. ¿Es esa la imagen de soberano que desean? sólo hice lo que la piedad me manda su señoría. Consolar a una madre de su perdida, levantar un reino de las cenizas.

Satisfecho de sí mismo, Egisto esperó su señal de salida.

- ¿Admite entonces haber participado en el asesinato del rey Agamenón?

El nuevo rey guardó silencio. No dejaba de mirar a la mole directamente a los “ojos”, sin bajar la cabeza. Mas a pesar de su orgullo, se notaba el sudor frío que recorría su rostro.

- ¿Tiene idea alguna que el crimen de matar a un soberano se paga con la muerte?

- Sí, su señoría. Sin embargo...

- Y sin embargo conspiró en la muerte de un soberano. Lo acaba de confesar. Mientras mantenía relaciones ilícitas con la esposa de la víctima; disfrutó de todos los lujos que esta le pudo brindar, usted mismo lo admitió, y se aseguró de acabar con su prole.

- ¡Yo jamás he confesado nada!

- Las leyes se han escrito ya. El delito por matar a un soberano se paga con la muerte. Y más aún, si es un héroe de guerra. Las acusaciones contra usted son enormemente graves. Se tomara en cuenta lo que usted acaba de decir como evidencia para lograr esclarecer los hechos...

La balaustrada de seres se removía en su estructura inconsistente, era una caja de resonancia. Se escuchaba a los escribas registrar cada una de las palabras dicha por el magistrado. A la espera de que estos terminaran, todas las partes guardaron silencio.

- Llamo a la siguiente testigo, supuesta víctima de agravios por parte de la acusada. Cedo la palabra a Electra, hija de Agamenón y Clitemnestra.

Humillado, Egisto bajó del banquillo y regresó a la siniestra de su esposa. Era el turno de la niña.

Electra se levantó de la silla. Alguna vez los dioses le había otorgado todas las virtudes del reino, de aquello sólo quedaba una triste aparición... Transparente, a punto de perder la materialidad de sus formas, caminaba hacia el banquillo paupérrimo y oculto. Todo su cuerpo era enlutado por una pesada seda que sólo dejaba espacio para alguna parte de su rostro. Un carmín artificial en sus mejillas y rostro, hacía las veces de robustez, salud y alegría; ocultaba en parte la carne en los huesos, los ojos opacos, y la mirada famélica.

Las ansias crecían en el corazón de los presentes, cualquier prueba presentada se decidía allí, en ese momento. A pesar de que sólo estaban en el segundo acto. Habló la figura temible desde las alturas.

- ¿Eres tú Electra, hija de Agamenón y Clitemnestra?

La pregunta fue hecha con la condescendencia que se entrega a un niño que ha cometido un atrevimiento, y arrepentido, se dispone a confesar.

Electra guardó silencio. Pasaron los primeros segundos y la impaciencia ganó en el terreno de Clitemnestra, obligándola a responder.

- Sí, su señoría, es mi hija.

La figura se contuvo en escarmiento. Con la respuesta le bastaba.

-¿Cuántos años tienes?

Lo mismo que antes. A cada pregunta de rutina, Clitemnestra antepuso su lengua al silencio de la niña. Las partes que estudiaban el caso parecían conformes. Orestes, se guardó sus palabras.

- ¿Has sido, alguna vez en el pasado o presente, maltratada de alguna manera por tu madre o su marido?

El silencio, nuevamente. Ni siquiera Clitemnestra se aventuró a responder.

- ¿Ha sido vulnerado tu derecho de hija? Alguien, presente en esta sala o no, ¿ha lacerado de alguna manera tu rostro o cuerpo, ha denigrado tu talante y espíritu?

La misma situación. Electra no hablaba, no quería hacerlo, solo bajaba la cabeza y los ojos. A Orestes se le calló el mundo, nuevamente ¡Por qué! Por qué su hermana guardaba silencio. ¿Estaba asustada? ¿Temía hablar frente a sus verdugos?

- ¡Electra, di la verdad!

El grito resonó en las paredes de piedra. Había hablado fuera de lugar, sin el permiso otorgado por la inquietante señoría.

Cosa extraña, nadie pareció amedrentarlo esta vez. Y sin embargo, el silencio persistía, más fuerte y pesado que cualquier enjambre embravecido. Electra, justo frente a su suerte, medio muerta y con la frente caída, entregaba con su silencio, todo el poder del cosmos a sus agresores.

El Magistrado aguardó unos momentos. Parecía relamerse con los acontecimientos bajo su mirada. Lo inesperado, siempre era bienvenido entre las bestias sobrenaturales.

La niña levantó la mirada. Vacía y sin brillo, posó sus ojos en un lugar apartado de este mundo. Extendió sus frágiles manos y tiró de uno de los cordones que sujetaba su vestido. La prenda se abrió como alas de mariposa dejando ver su cuerpo desnudo y mortificado. Allí estaban, frente a todos, el cuerpo apenas formado de una mujercita de nueve años. Los pechos enhiestos, apenas dibujados. El pubis carente de macula, puro, sin rastro de vello o color. Blanca como la cera se erguía el cuerpo enclenque, con las costillas salidas, recorrido por cardenales y profundas cortaduras. Todo espacio de carne, parecía de alguna u otra forma, una nebulosa de morados y sangre seca. Cicatrices que durante años se habían inscrito, unas sobre otras, escribían la memoria de lo indecible. Allí estaba, cuan paloma arrojada a los leones, con su pudor abierto a todos los presentes. Con la verdad desnuda y sin palabras.

Se formó un revuelo en las gradas invisibles. Las bestias que sostenían aquel enorme púlpito, cobraban vida. Las Erinias ahogaban sus gritos de violencia. Los acusados desarticulaban sus rostros en gestos mudos, como si con ello lograran ocultar la prueba de sus culpas. Orestes apenas contenía su llanto de horror.

La mole permaneció quieta, contemplando el ojo de la tormenta con indiferencia y desidia.

La niña guardó nuevamente sus secretos bajo su pesada noche de seda. Mas las llagas abiertas persistían, se imprimían en la piedra del tiempo contrayendo el relato de tantos años de silencio. Cada trazo dibujado arrastraba la imaginación de Orestes al borde del paroxismo. Contaba todas las veces en que un brazo decidido se ensañaba en la carne inofensiva de la niña. La obediencia, una y otra vez, bajo una luz tenue; los gritos ahogados, la tortura oculta bajo los cimientos del poder. No podía dejar de sentir en carne propia las profundas cortaduras, las envilecidas heridas, putrefactas, en abandono. No podía dejar de sentir la incompreensión que su propia hermana habría sentido al momento de sufrir tal martirio. Por qué ella, por qué así.

La habitación se hizo más lejana que nunca. La voz profunda y temible de la bestia se entremezclaba con todas aquellas heridas. Sufriendo embates ilusorios, Orestes apenas si lograba entender palabra alguna. Se articulaba la pregunta, la más importante de todas, aquella que todos esperaban “Quiénes eran los culpables?”. Resonaba como un torbellino, y no dejaba de ver a su hermana desnuda, una y otra vez, con sus heridas, con su carita desamparada. No dejaba de imaginarla en aquella mítica torre, arrastrando sus rodillas por la piedra dura y fría, intentando escapar de la oscuridad de aquel lugar sellado para el mundo, sellado para la luz; pendiente de cada susurro, de cada sonido que desde afuera le anunciaba el inminente castigo. Señala Electra quiénes fueron los culpables, quiénes, aquellos que se ensañaron con tu inocencia, con tu indefensión. Quiénes, una y otra vez, quiénes han sido.

Aplastado por su propia realidad, se sorprendió al ver que la niña abría la boca. Un silencio absoluto se volvió la sala, y todos los pensamientos se desvanecieron.

- Quién ha sido, Electra.
- Mi mamá.
- ¿Tú mamá te ha hecho esto?
- Sí, ella fue.

Desde su asiento Clitemnestra, pálida como una muerta, balbuceaba en el terror de su evidente culpa. La azotaban estertores y sacudidas al tiempo que su rostro se enmarcaba en incontrollables lágrimas. A duras penas lograban contener los fuertes brazos de su marido, su trémulo y voluptuoso cuerpo. El hombre no quitaba los ojos de aquella niña maldita.

La mole exigió silencio y compostura. Lentamente se iban dando asomos de verdad.

- ¿Por qué te ha pegado tu mamá?

- Porque me odia

- Y, ¿por qué te odia?

- Porque yo no he matado a nadie. Porque estoy limpia.

Bastó esa última frase para que toda la sala reventara en un paroxismo absoluto. Desde su asiento Clitemnestra vociferaba palabras indescifrables en contra de su hija, su marido, de todos los hados, del mundo entero. Las Erinias la acompañaban como un coro desbocado apuntando directamente a la boca de la niña. El mismo Orestes, se levantaba fuera de sí, y gritaba con una voz nacida de las entrañas, un lenguaje desconocido incluso para él. Toda la animalidad que en él había, toda la furia residente en el alma de los presentes se hacía materia, desdibujaba sus formas, anulaba sus personajes y perfiles, sumergiéndolos en la densidad de su tormentosa herencia.

Nuevamente la bestia tuvo que calmar las pasiones. Por el tono que su voz adquiriría se notaba que estaba al colmo de la paciencia. El silencio nuevamente contuvo la locura.

- dices que tu madre te odia,

- sí, ella no me quiere

- ¡Yo te amo, hija!

- ¡Silencio! Ahora bien, reina va a responder esta pregunta, y piense muy bien en su respuesta. ¿Por qué ha vejado a su propia hija de esta manera?

Clitemnestra no atinó más que a llorar. Cada hipo le sonaba a Orestes como la más patética de las hipocresías. Si los magistrados se creían esta pantomima, entonces no hay nada que hacer.

- No es mi culpa, su señoría. Qué más podía hacer. Además no tenía idea. No, jamás le he pegado, ni una sola vez. Todas esas heridas, esa impúdica escena de hace un rato, se las hizo ella misma. Ella está demente, es mi hija, pero lamento mucho el precario estado de su conciencia. Yo solo he intentado contenerla, ¿sabe? Contenerla de sí misma... porque es ella misma quien se hace esas heridas. Sí. Es ella quien lacera su carne, porque sabe que es mía, que también siento ese desgarró en la mía. Ella lo hace para matarme, para aniquilarme, porque me odia. Yo no sabía su señoría, el estado de mi hija, solo ahora me enteró... es que usted no entiende, debe entender. Yo jamás la he tocado... me arrancaría el brazo, antes de ponerle un solo dedo encima. – Clitemnestra mostraba su dedo a una audiencia oculta como si fuera una prueba de su veracidad.- yo jamás, yo nunca. ella está loca, inventa cosas ¿sabe? Le gusta inventar cosas. Es muy creativa en lo que se refiere a difamar a su madre ¡Por qué mientes Electra! tú sabes bien que yo nunca te he tocado.

Decía estas palabras queriendo convencerse a sí misma que era la verdad. La delataba su neurosis desaforada. A cada palabra su mandíbula peligraba con dislocarse. La exagerada gesticulación deshacía los pocos rastros de maquillaje, todo a causa de un sudor que a raudales ensuciaba sus finas vestiduras. De a poco, la culpabilidad y el descaro se encargaban de desenmascarar a la verdadera reina.

- Entonces, icómo explicas esas marcas! – exclamó Orestes, sin siquiera intentar contener su rabia.

- Esa es una pregunta muy válida. Clitemnestra, cómo explicas el estado deplorable de tu hija.

Una expresión de miedo se dibujo en la reina. La mirada lentamente perdió su brillo, sabiéndose derrotada. Aún de pie, sus brazos de diana se desplomaron inertes y lentamente volvió a su silla.

Fue necesaria la interrupción del galante cómplice

- Esta niña ha difamado por años el buen nombre de su casta. Ha formado habladurías entre los sirvientes, ha engendrado calumnias y malestares que por años han consumido el buen nombre de su madre. Las riendas de sus humores las lleva el mismo Hades. Es una furia incontrolable que todo lo consume como una fiebre desbocada, como una peste. La niña está enferma. Está enamorada de su padre...

- ¡Basta!- Orestes, fuera de sí.

- ...un padre en el que apenas se reconoce, que partió a la guerra cuando apenas tenía conciencia de sí misma. Pero al que idolatra de una manera incestuosa y repulsiva...

- Ya basta.

- ... al que resguarda en la inmundicia de sus piernas. Está en todas partes, ha refregado su cuerpo en todas las partes que han sido tocadas por Agamenón. Cada una de las piezas de su armadura guarda la peste contenida en la inmundicia bajo sus faldas...

- ¡ya basta! Silencio, ¡basta! ¡Mentira!, ¡basura!...

- como ha dicho mi esposa, hemos hecho todo lo posible... le habilitamos una torre para contener...

-¡la encerraron, más bien. La enclaustraron y sellaron la puerta...!



- ¡Silencio! Todo el mundo se calla- cada vez era más difícil para la mole reguardar la autoridad de su mando- ... muy bien. Clitemnestra, ¿es verdad? ¿Has habilitado a tu hija en una torre?

- Sí, así es. Mi hija es una víctima, ¿sabe? Una víctima de su propia locura.- volvían los colores a la reina- Todas esas marcas se las ha hecho ella misma. Y yo no he podido ayudarla, por más que lo he intentado. Verá, ella está loca, la asedia el fantasma de su padre. Se ha levantado de la tumba para asediar y agraviar a todos en el castillo. Deambula por los pasillos buscándola, atormentándola... primero se llevó a mi Ifigenia, ahora se quiere llevar a ésta... Estoy devastada, perdida. Yo solo he hecho lo que está en mis manos. La encerramos en la torre...

- ¿Ha encerrado a su hija en una torre?

- Sí, pero... usted no entiende, necesita ser contenida.

- ¿Es eso cierto, te han encerrado en una torre?

- Sí -irrumpió Orestes- allí es donde vive, y pregúntele por las condiciones deplorables de vida que lleva, ¡pregúntele!

- ¡Silencio! dime niña, qué es exactamente lo que te han hecho. Y recuerda, no puedes mentir, si no, no podré ayudarte. Ahora responde, cómo es que vives en esa torre.

- Mi mamá me encerró y no me deja salir para nada. Ni siquiera para el baño. Tengo que hacer en una esquina. Todo huele muy mal. Me pega tres veces por semana... aunque no sé. Nunca hay luz, nunca entra la luz, todo está muy oscuro.

- Clitemnestra ¿está usted en conocimiento que al encerrar a una menor ha vulnerado sus más básicos derechos? ¿Qué el maltrato hacia una niña está penado por la ley?

- Permítame responder esta pregunta- se inmiscuyó Egisto- verá. Nosotros no teníamos idea de las condiciones en las que se encontraba la niña... me atrevo a decir, con mucha desdicha, que nuestro único gran crimen ha sido ser demasiado... blandos. Y lo digo por estas razones. Como dijo hace un rato mi mujer, ninguno de nosotros ha puesto un solo dedo encima de la menor. Nuestro gran error fue haberla dejado al cuidado de lo creímos eran expertos en el tema. Hemos pecado, lo admito. Pero de ingenuos. La niña miente, nosotros jamás la hemos agredido. Recién ahora nos enteramos del estado de su situación.

La balanza nuevamente, entregaba su favor a los asesinos.

- ¿Está usted diciendo que jamás ha golpeado a la niña? Entonces ¿quién ha sido? Electra, responde con la verdad. En esta corte no son admitidos los mentirosos. ¿Quién te ha pegado?

La niña se recogió nuevamente en el silencio. Insignificante, en medio de la tormenta, Orestes se preguntaba cómo era posible que un cuerpecillo tan enclenque se mantuviera aún de pie.

- Electra, quién te ha pegado realmente

- Fue mi madre- farfulló, en un susurro casi inaudible.

- ¿Estás segura? Tienes que decir la verdad o el castigo caerá sobre ti. Recuerda, estas acusando a tu soberana.

Nuevamente el silencio de la niña. ¿Era eso cierto? ¿No había sido su madre?

- Entonces, quién ha sido

- Yo creo que la respuesta más acertada sería los esclavos- interrumpió Egisto, nuevamente- Los esclavos que tenían a cargo el cuidado de la niña.

- Dice usted que los esclavos han hecho esto. ¿Es eso cierto, Electra? ¿te han pegado los esclavos?

La niña guardó silencio. Cerraba los ojos con fuerza como a punto de llorar. Finalmente movió la cabeza afirmativamente. Orestes a penas daba crédito a lo que veía. ¿Era todo una farsa? ¿Una farsa sobre otra farsa?

- Porqué has mentido, Electra- preguntó, indulgente la enorme mole- porqué has inculpado a tu madre.

- Porque fue ella. Yo lo sé- en un susurro que prometía un llanto- ella les dijo que lo hicieran.

- ¿Ella les dijo que lo hicieran? ¿Has visto o escuchado tal cosa? ¿Has visto a tu madre hacerlo?

- Sí, lo he visto

- cuántas veces lo has visto

- Lo vi una vez... pero yo sé que siempre es ella. Que ella está atrás, para saber que lo hacen.

Era imposible probar eso, y Orestes lo sabía muy bien. Una sola vez no bastaba. Tenía que ponerse en evidencia. Tenía que saltar, en ese momento, una Clitemnestra asesina a degollar a su hija con los dientes para que le creyeran. No, estaba todo perdido, una vez más. La frustración, la rabia, la animadversión ensombrecida se agolpaba en la garganta del querellante. Estaba seguro que todos en aquella sala sabían la verdad, incluso su honorable señoría. Pero no lo admitirían, eso jamás lo haría, y ya ni siquiera importaba el porqué.

Los temores de Orestes se hicieron realidad. El resto que duró la audiencia, Egisto se encargó de demostrar la falta de veracidad que existía en el testimonio de la niña. Afirmó cada uno de sus argumentos en esto, como si lo hubiera estado esperando, como si todo lo anterior no hubiese sido más que una jugarreta manipuladora para desmentir a una niña de nueve años. Con una elocuencia inigualable, Egisto se sirvió de la falta de evidencia, para afirmar la supuesta locura de Electra. Nuevamente abrió el baúl envilecido para dejar bien en claro, que la niña no solo estaba completamente loca sino que era una perversa desbocada y peligrosa, que era incapaz de empatía alguna hacia su madre o entorno. Que no podía ser liberada a si no más. Y que, por tanto, no quedaba otra opción más que había sido la misma niña quien se había echo tales heridas.

Orestes intentó defenderla, presentar algún contra argumento, pero el peso de esa realidad maquillaba le aplasta hasta asfixiarlo. Las oleadas de acusaciones y mentiras lo embestían hasta tocar los umbrales de la locura. No podía argumentar. Ni siquiera estaba conciente de todo lo que pasaba a su alrededor. Y sin embargo, cómo era posible que no lo supieran...

- Señoría, cómo es posible que en su propia casa, bajo su propio techo, ocurra esta clase de abuso. Cómo explicas eso, como lo explicas Egisto.

- Valido la pregunta- permitió la horrible mole.

- Yo lo aseguro su señoría, no tenía idea. De haberlo sabido le aseguro que habría tomado medidas al respecto. Es más, personalmente me aseguraré de encontrar a los culpables, suponiendo que los haya.

La mole se removió desde el altillo de bestias. Se auguraba la conclusión de esta audiencia.

- ¡Esperen! - grito Orestes- y qué va a ocurrir con la niña. Ella no puede volver, no ahora...

La mole lo hizo callar, claramente ya se había formado el veredicto en su cabeza y ninguna nueva preocupación lo haría cambiar de opinión.

- Considerando los antecedentes presentados el día de hoy, el testimonio de Egisto, esposo de Clitemnestra, y Electra, hija de la aludida. Con respecto al caso del regicidio del rey Agamenón cometido por Egisto, se argumenta que éste actuaba en defensa propia y protegía la integridad de su majestad, la reina. Se iniciará una investigación que tenga en cuenta lo visto el día de hoy. De momento, para evitar la desestabilización del reino, insisto en que la pena sea reducida a un arrepentimiento de por vida, y que prosigan los rituales realizados hasta la fecha. En tanto al caso de maltrato hacia la princesa Electra, está claro que por falta de evidencias y el estado precario de salud en la que se encuentra la víctima (tanto físico como psicológico) me es imposible dar un veredicto al respecto. Y a lo sumo, se abrirá una nueva investigación para encontrar a los culpables. De momento, la niña seguirá residiendo en su actual domicilio hasta que los hechos sean esclarecidos. se llevará

un registro de su estado y progreso, por medio de un alto delegado el estado. A su vez, cito a una nueva audiencia, en la cual se analizaran las nuevas pruebas presentadas para este caso. La fecha se dará en algún momento, a las 9 de la mañana. Con esto concluyo la sesión de hoy.

Nadie se movió de sus asientos.

Los acusados incrédulos de su buena fortuna, comenzaban lentamente a regocijarse en su situación actual. El néctar de la impunidad le sentaba bien a Clitemnestra, quien desde su asiento, le hacía señas a su hija para que se acercara. La niña no entendía aún lo que estaba ocurriendo. Enclava en el banquillo miraba incrédula a su madre, y luego al magistrado. La frente era una maraña de pensamientos, y la vista se movía nerviosa tratando de entender. Cuando la insistencia de Clitemnestra por reunirse con su hija se hizo molesta, la niña finalmente comprendió lo que venía a suceder. Abrió los ojos desmesuradamente. Tendría que volver, tendría que volver a la torre. Movía la cabeza incrédula, negándose a moverse de su sitio, al tiempo que sus ojos se enmarcaban en una palidez mortal. La devolverían a los agresores. Clitemnestra se levantó de su lugar y fue directamente donde la niña. La tomó del brazo derecho y se dispuso a salir rápidamente de la sala. Su enojo era evidente. La niña se dejaba arrastrar, como un corderito resignado al matadero, mas no dejaba de fijar, suplicante, esos ojos hechos del más puro y acuoso pánico.

La imagen, al igual que su cuerpo desnudo y lacerado, se marcó como una quemadura en la imaginación de Orestes. Que situación más hermosa. La niña que sufre castigos evidentes, está obligada, por ley, a volver a ese mismo lugar. Para que de una vez por todas se encarguen de aniquilarla y no dejar pruebas o testigos. Saboreaban el momento, lo sabía, saboreaban la espera de consumir su venganza por haberse atrevido a mostrar la verdad de su culpa. Se relamían en silencio, el instante en que darían el golpe de gracia.

Egisto siguió el mismo recorrido de su mujer. No dedicó ninguna mirada al querellante. Sólo se dignó a ocultar con su poderosa espalda de luto, la frenética mirada carcomida de su hermana. Fue como si una luz, la luz de esa palidez, se apagara en la oscuridad de un cuerpo.

Orestes levantó la pesada tormenta que se removía en el interior de sus humores. Se dirigió a la misma puerta por la que antes había entrado, esperanzado con que habría algún deajo de cambio. Que ingenuidad más grande, creer que la justicia estaría de su lado.

Al abrir la puerta, la luz penetró lacerante por el iris de su ojo, lastimándolo. El contraste entre el encierro de aquel oscuro lugar, con la luz mortecina del pasillo era absolutamente extremo. Quedó ciego, y por unos segundos, esa misma ceguera canalizó la rabia que sentía allí mismo. Estaba siendo castigado. Mejor, se lo merecía. Por ingenuidad, por estupidez.

Caminó por el largo pasillo acostumbrando su locura a la expectación aburrida de éste. Abrió las grandes puertas de roble y salió a lo que era el cenit del medio día. Era casi blanca, y en ella se movían personajes enlutados, que corrían de un lugar a otro, como desesperados por cumplir una diligencia. Su caminar parsimonioso era atropellado constantemente por estas enardecidas gentes, que se cruzaban y chocaban sin deferencia alguna, a cualquiera que se les cruzara en el camino. Mientras caminaba, mientras era arrastrado por ese movimiento agresivo, pensaba en todas las cosas que no había dicho. Comparaba su discurso tanta veces practicado a los pies de aquella precaria caldera, en la oscuridad de su cueva. En todas ellas había salido victorioso, invicto, mas ahora la realidad terminaba de exterminar lo único que le quedaba de esperanza. Pensó en llorar, pero no podía, no tenía fuerzas. La ironía con que el destino le había arrebatado el aliento, solo le dejaba energías para mover sus pies, muy lento, muy pegado al suelo. Solo energías para pensar, una y otra vez, saborear la hiel de la derrota.

Caminó mucho tiempo, con la cabeza gacha, y sin darse cuenta, llegó a aquel lugar que había presenciado unos días atrás. Ese templo extraño y sobrecargado, donde una infinidad de multitudes se habrían reunido para dar inicio a la procesión. Entró y al igual que la vez anterior, se mezclaba la fascinación con escepticismo. Quería distraerse, olvidar de momento la traumática experiencia.

A diferencia de la vez anterior, el lugar parecía vacío. Ahora podía ver con lujo de detalles la estructura interna de la enorme construcción.

Consistía en un interminable techo, sostenido por enormes pilares de mármol, apenas sorprendido por ventanillas ubicadas en las cercanías del cielo raso, las únicas fuentes de la precaria luz. Con una punzada de dolor recordó el parecido de la sala de audiencias con este extraño lugar.

Estaba prácticamente vacío. Solo era llenado por alguna banca de madera ocasional, o alguna columna perdida, que tenía la suerte de ser tocada por la luz. Caminó hasta el fondo, y en el luto de su andar sintió el regocijo de un dolor enaltecido, sublime. Al fondo, una luz mortecina y de color azulada enclaustraba una singular imagen. Apuró el paso -la curiosidad le hacía olvidar. Al llegar frente a este raro objeto se dio cuenta de lo que estaba mirando. Una especie de fanal, de madera tallada y noble, barnizado en cada uno de sus arabescos y volutas, se perdía infinito en la oscuridad,

barnizado en cada uno de sus arabescos y volutas, se perdía infinito en la oscuridad, como un altar, pero demasiado pequeño para ser lo. Guardaba en sus entrañas esa luz, y esa imagen. La luz, una franja fría de color azulado se encontraba en la parte alta, y contenía desde aquella escasa altura, una pequeña puesta en escena. Era una imagen del dios cristiano. Una escultura de madera muy mal tallada. Sus equívocas anatomías, recordaban en parte la consistencia de un cuerpo humano; quizá por el color mortecino de una piel imitada, interrumpida a ratos por una herida simulada, latente de sangre y azulados gangrenosos. Era Cristo, sí, sentado, ocupando gran parte de aquella caja. Tenía el torso mal tallado y desnudo, y el falso color de aquella piel, se veía trastocado por el azul de la franja luminosa, emanando celestes y verdes que no pertenecían a este mundo. Tenía las manos atadas y cubiertas de llagas, y las posaba sobre una manta que cubrían sus impúdicas rodillas dobladas. A sus pies, en el escaso espacio que permitían los límites de la caja, se extendían un ecosistema de plantas artificiales, la mayoría hechas de plástico y género. Lo más extraordinario era el rostro, cuya frente era el punto en que toda la luz se concentraba, y apenas dejaba uno que otro gesto entre la punta de la nariz y bajo el ojo suplicante. Lo demás se ocultaba en las tinieblas. De su corona de espinas se extendía una larga melena de pelo natural, probablemente extraído de las vírgenes que tanto había escuchado hablar.

A sus pies había una mesa, como la del primer magistrado que los traicionó. En esa mesa había velitas prendidas a la misericordia de su señor, sobre un diseño que simbolizaba el poder de las Moiras. Y fue justamente esa mesa, el objeto que rebeló lo macabro de la escena. Era una mesa hecha para el sacrificio. Las habían ocupado en tiempos antiguos y ahora las volvían a sacar desde las profundidades de la historia.

Más o menos se imaginaba la situación.



Allí instalaban a todos aquellos herejes que habían cometido algún crimen contra la piedad del estado. Y eran juzgados por el mismo Cristo. Dio un rodeo a la imagen buscando la prueba de sus sospechas. A espaldas de la escultura, una manta de terciopelo azul, bordada en oro, hacía el intento de ocultar un delicado sistema de engranajes conectados al cuello de Cristo. Ya se lo había imaginado. Volvió nuevamente a ocupar el lugar que supuso, era el mismo donde ubicaban a los condenados.

Frente a esa imagen, ponían de rodillas al presunto culpable, quien entre gimoteos y súplicas proclamaba su inocencia. Atrás, una horda de salvajes sedientos de venganza exigía la muerte del traidor. Un alto magistrado de blanco se ubicaba a la derecha del culpable, y sin más ceremonias, preguntaba a Cristo en persona, si era o no culpable de tal atroz pecado. Transcurrían unos momentos en los cuales la sala se llenaba de un silencio expectante. Los ojos de la víctima brillaban, con la esperanza de encontrar misericordia en el salvador. Cristo, finalmente, se dignaba a responder, y en un movimiento lento y mecánico afirmaba la culpabilidad del acusado. La plebe rompía en aplausos histéricos. El acusado miraba incrédulo la aparición del milagro, y se dejaba arrastrar sin más resistencia por el magistrado de blanco. No había forma de negarlo, era Cristo, la omnipresencia que sabe de todas las culpas y pecados, quien proclamaba culpable al acusado.

Esta imagen había sido puesta, poco después de la inauguración de la nueva tumba de Agamenón. La justicia implantada para el pueblo.

Sentía, casi negándose a creerlo, que todas las apelaciones y audiencias llevadas a cabo, no eran más que una forma elegante de presentar el mismo espectáculo. Eso era justicia, la misma transcurrida hace un fatíco rato. Ésta, la penumbra que a todos les embarga.



Estudio Cristo del cañamo  
2010  
Óleo sobre cartón  
27x35



## Bibliografía

- Hauser, A. (2009). Historia Social de la Literatura y el arte; "The social history of Art". (Vol. I, p. 567). Barcelona: Debolsillo.
- Gombrich, E. H. (1997). La historia del arte. (Decimosexta ed., p. 688). Londres: Phaidon.
- Santiago, S. (2007). El barroco iberoamericano: mensaje iconográfico. (Segunda ed., p. 331). Madrid: Encuentro.
- Toman, R. (2004). El barroco; arquitectura, pintura, escultura; "Die Kunst des Barock". Barcelona: Könemann
- Wölfflin, E. (1976). Conceptos fundamentales en la literatura y el arte. (Sexta ed., p. 346). Madrid: Espasa- Calpe, S.A.
- Sarduy, S. (1999). Obra completa; Capítulo V: Barroco. (Vol. 2). Buenos Aires: Sudamericana.
- Debray, R. (1994). Vida y muerte de la imagen; historia de la mirada en occidente; "Vie et mort de l' image. Une histoire du regard en Occident". (p. 317). Barcelona: Paidós.
- Huxley, A. (1962). Las puertas de la percepción. (Tercera ed., p. 107). Buenos Aires: Sudamericana
- Bataille, G. (1998). Teoría de la religión. (p. 129). Madrid: Taurus.
- Castelli, E. (1963). De lo demoníaco en el arte: su significación filosófica. (p. 130). Santiago: Universidad de Chile.
- Clark, K. (1989). Introducción a Rembrandt. "An introduction to Rembrandt". (p. 176). Madrid: Nerea.
- Friedlaender, W. F. (. (1982). Estudios sobre Caravaggio. (p. 509). Madrid: Alianza Editorial.
- De la Barca, C. (2001). La vida es sueño. (Cuarta ed.). Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Sartre, J. P. (2005). Las moscas. (p. 141). Buenos Aires: Losada.
- Sófocles. (2009). Edipo rey; Antígona; Electra. (Novena ed., p. 172). Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Esquilo. (2007). Tragedias completas. (p. 320). Buenos Aires: Gradifco.



